MUSEO

DE LOS NIÑOS.

TOMO III.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

MUSEO DE LOS NIÑOS.

Ayuntamiento de Madrid

MUSEO DE LOS NIÑOS.

Madrid 1849.—Estab. tipog. de Mellado.

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

NIÑOS DE LA BIBLIA.

TOBÍAS BENDICE Á SU HIJO.

XXV.

TOBIAS.

Todos los horrores de la mas espantosa tirania aflijian al desventurado pueblo de Israel, arrastrado lejos de sus hogares y conducido cautivo al pais de Asiria por el rey Salmanasar, al que sucedió brevemente en el reino su hijo Senacherib, que mas que su padre detestaba de muerte á los israelitas. Entre los numerosos cautivos que se hallaban en la opulenta ciudad de Nínive, habia uno, llamado Tobias, varon justo de la tribu de Neftali, el que con su esposa Ana y un hijo llamado tambien Tobias, no solo soportaba con egemplar resignacion los horrores del cautiverio, sino que era el consuelo y único ausilio de sus compatriotas y hermanos que gemian en dura esclavitud. Animado del espíritu de Dios y sin temor de los odiosos mandatos y de la persecucion del tirano, allí acudia prontamente donde

Ignacio Hernandez

Ayuntamiento de Madrid

el infortunio reclamaba su presencia, donde habia que socorrer al indigente ó amparar al oprimido. Arriesgando su vida, daba sepultura á los cadáveres israelitas abandonados á las aves de rapiña por órden del tirano, y agotaba todos sus bienes en limosnas y otros dones de su inestinguible caridad.

Pues este varon justo, que no solo consolaba y animaba á sus compatriotas cautivos, sino que habia dividido con ellos cuanto poseia, se vió de improviso imposibilitado de hacer el bien y sorprendido con la mas espantosa calamidad.

Era un dia sereno y feliz en el que la familia de Tobias pensaba olvidar sus pesares y privaciones, celebrando un modesto convite. Todos los ahorros que á la virtuosa Ana producia su infatigable trabajo, se habian reunido para celebrar esta fiesta de familia, y el jóven Tobias por su parte, se habia esmerado en engalanar la estancia con las mas frescas y odoriferas flores; pero el piadoso padre, que era incapaz de gozar algun alivio, si antes no se le habia proporcionado á sus hermanos, habia salido segun su costumbre á prestarles auxilio y á enterrar á los que yacian abandonados, víctimas de la crueldad de sus perseguidores. Fatigado de sus santas tareas y no pudiendo soportar el ardor del sol en la travesia para volver á su casa, buscó la sombra de una pared y allí se sentó á reposar un breve rato; pero una languidez estraordinaria se apoderaba de todos sus miembros, sus ojos se cerraban involuntariamente y pronto quedó entregado á un profundo sueño. Al despertar, las mas densas tinieblas le rodeaban; se levantó y dió algunos vacilantes pasos, sin distinguir ningun objeto; mas apenas salió de la sombra de la pared, el ardor de los rayos del sol que sintió sobre su cabeza, le advirtió que aun era de dia y le hizo conocer que habia perdido la vista. Cuando se convenció de tal desgracia, estuvo á punto de caer desfallecido. Ya no volveria á contemplar la magnificencia del universo, las altas montañas, los frescos y amenos valles, las verdes praderas esmaltadas de flores; ya eran perdidas para él la pompa y magestad con que el sol asoma en el Oriente tiñendo las nubes de púrpura y oro, y esa plácida belleza, que en el silencio y calma de la noche, comunica la luna á todos los seres de la creacion. Ya, en fin, las queridas facciones de su esposa y de su hijo serian para él un triste y doloroso recuerdo, pues nunca podria contemplarlas. ¡Infeliz Tobias, é infeliz del hombre que pierde un sentido tan precioso!

Mientras que se hallaba abismado en tan amargas reflexiones, oye la voz de su hijo que viene presuroso en busca suya, clamando con el acento del mayor regocijo:

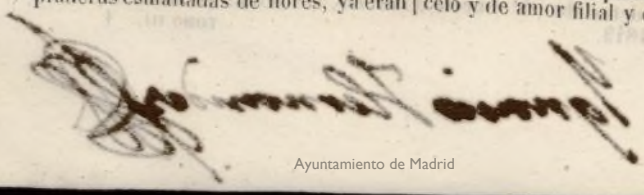
—¡Padre, padre mio!

Vuélvese Tobias hácia donde suena la voz de su hijo; pero no le distingue; tiende hácia él sus brazos, y cuando el jóven se detiene suspenso al ver la actitud de su padre y la alteracion que en su rostro se advierte, le dice conmovido:

—Hijo, acércate: ven, hijo de mi vida; ampárame, guiame, porque..... estoy ciego!

Al convencerse el jóven de la realidad de tan funesta nueva, lanzó un grito de dolor y corrió á confundir sus lágrimas con las de su padre, estrechándole contra su seno.

¡Admirables designios los de la Providencia! ¡Tratar con tal rigor al hombre que desde su infancia habia sido tan fiel á los divinos preceptos, al que habia distribuido sus bienes entre los pobres, al que huyendo de los idólatras, adoraba al Señor en su templo! ¡Permitir que Tobias se quedase ciego en medio del ejercicio de las mas santas obras! Pero á todos nos estaba reservado un ejemplo sublime de paciencia en la persona de este santo varon, que inalterable en medio de su desgracia, continuó sirviendo á Dios, sin jamás proferir una queja, antes bien dándole gracias y venerando sus inescrutables y justos juicios. Digno de imitacion era tambien el ejemplo de Ana y de su hijo, que con viva ternura asistian al pobre ciego, le consolaban y le daban repetidas pruebas de celo y de amor filial y conyugal.



Ayuntamiento de Madrid

Mas para que la tentacion fuese completa y para que mas brillase la profunda sumision de Tobias á la voluntad del Señor, permitió este que algunos insensatos llegaran á mofarse de la situacion del pobre ciego, y le preguntasen irónicamente, si era aquel el pago que recibia por sus anteriores fatigas, limosnas y buenas obras. Lo que sobre todo traspasaba de dolor al buen Tobias, era creer que habia de tener un término la constancia de su hijo y de su esposa, y el llegarse á persuadir, por algunas ligeras palabras de esta, de que disminuia el afecto que le profesaba.

Levantó entonces Tobías su corazon á Dios, y con acento de amargura esclamó:

—Justo sois, Señor, y justos son todos vuestros juicios. No os acordeis de mis delitos, ni de los de mis padres; pues por no obedecer vuestros preceptos sufrimos el oprobio y cautiverio en que nos hallamos. Haced ya, Señor, que mi espíritu sea recibido en paz. Mas me conviene ya el morir que no vivir.

Creyendo efectivamente Tobías que su muerte estaba cercana, y que Dios escuchando sus ruegos, iba á concederle eterno descanso, llamó á su hijo y le dió, y en él á todos los jóvenes de su edad, los siguientes preciosos consejos:

—Oye, hijo mio, las palabras de mi boca, y grábalas en el fondo de tu corazon, para que sean el fundamento de la recta conducta de toda tu vida.

Piensa todos los dias en Dios, cuida de no ofenderle por medio del pecado y no descuides sus preceptos.

Da limosna segun tus facultades; ten compasion de los pobres para que Dios la tenga de ti. Si tienes mucho, da mucho, y si tienes poco, da poco; pero con buena voluntad, asi tendrás un tesoro reservado para el dia de la necesidad, porque la limosna libra del pecado y de la muerte eterna.

Nunca permitas que la soberbia domine en tu ánimo ó en tus palabras; pues de ella trae su orígen todo el mal.

Si alguno trabaja para ti, págale su trabajo y nunca retengas su salario á quien le ganó.

No hagas á los demas lo que tú no quisieras que te hiciesen.

Come tu pan con los necesitados y hambrientos y cubre con tu vestido á los desnudos; pero no partas tu sustento ni te asocies con los impios.

Pide siempre consejo á un hombre sábio.

En todo tiempo bendice á Dios y pídele que dirija tus caminos, y que tus consejos sean los de su divina sabiduría.

Cuando yo salga de esta vida, entierra mi cuerpo y honra á tu madre, no olvidando los males que por ti ha padecido, cuando te llevaba en su seno: cuando haya muerto ella tambien, pónla conmigo en el sepulcro.

No temas, hijo mio; pobres somos, es verdad; pero seremos muy ricos, si tememos al Señor, y si apartándonos de todo pecado, cumplimos su santa voluntad.

Ademas de estos escelentes consejos indicó el buen Tobías á su hijo, que ya hacia algunos años que habia prestado diez monedas de plata, llamadas talentos, á un tal Gabelo, residente en Rages, ciudad de la Media, y que era preciso que fuese con el recibo para devolvérsele y cobrar dicha cantidad.

El jóven Tobías, que habia escuchado á su padre con el mayor respeto, le prometió ejecutar fielmente cuanto le habia prevenido; pero en cuanto á lo de Gabelo, no pudo menos de decir:

—Pero si yo no conozco á Gabelo, ni él me conoce á mí, y ni aun sé el camino de la Media, ¿cómo he de cobrar ese dinero?

—No te inquietes, hijo mio: llevando el recibo no tendrá reparo, y no faltará tampoco algun varon fiel que te guie hasta allá.

Proféticas parecieron estas palabras de Tobías: hallábase su hijo meditando á la puerta de casa cómo cumplir las órdenes de su padre, cuando al levantar la cabeza se encontró de improviso delante de sí con un gallardo jóven en trage de camino. Sorprendido Tobías le preguntó:

Ayuntamiento de Madrid

—¿De dónde sois, buen jóven?

—De los israelitas, contestó el desconocido.

—Sabeis, por ventura, el camino de la Media?

—Varias veces le he recorrido y he estado en casa de nuestro hermano Gabelo que vive en Rages, ciudad de los medos.

—Esperad, esperad un poco.... esclamó alborozado Tobías, entrando á participará su padre esta novedad, de la que no menos gozoso el viejo, hizo entrar al forastero y despues de afectuosos saludos y de haberle informado de su pretension, tuvo el gozo de oirle decir:

—Ten confianza en Dios que en breve te sanará de tu ceguera. Yo guiaré y acompañaré á tu hijo, y le volveré sano á tu lado.

Todos estaban contentos menos Ana, que temerosa por su hijo no queria sufrir su ausencia ni esponerle á los riesgos del camino; pero al fin hubo de resignarse, tranquilizada con las palabras de consuelo y esperanza de su esposo y con la bella apariencia del jóven que habia de acompañar á Tobías. Este, antes de partir, se puso de rodillas delante de su padre y le dijo:

—Bendiceme, padre mio, para que la sabiduria no me abandone y mi viage sea feliz.

El anciano, lloroso, levantó sus trémulas manos, esclamando.

—Que Dios te inspire, te guie en un próspero viage y que sus santos ángeles te acompañen.

F. F. Villabrille.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

VIII.

TEUDISELO.—AGILA.

Aun seguia siendo electiva la corona en España, cuando ocurrió la desastrosa muerte de Teudis, y los godos mas atentos al mérito individual que á otra cosa para elegir rey, pusieron los ojos en Teudiselo, hijo de una hermana de Totila, rey de los ostrogodos. Poco importó á sus electores que fuese de patria distinta; habian presenciado su valor en la guerra contra los francos y tenido en cuenta la nobleza de su linage, suficiente recomendacion para ocupar el trono. No obstante, el nuevo soberano, cuando se vió en posesion de su aspirado mando, dió rienda suelta al torrente de sus hasta entonces ocultas pasiones, entregándose con el mayor desenfreno á todos los escesos que puede producir una naturaleza brutal y corrompida: los nobles godos que empezaron á ver en este príncipe tan fatales comienzos, presagiaron con razon lo funesto del porvenir, y tan desengañados cuanto arrepentidos de su eleccion, pensaron en poner remedio al daño á todo trance; mas el rey avisado del natural disgusto de sus vasallos, y tenaz en la prosecucion de sus desórdenes, apeló al terror, y castigó como crimen de lesa-magestad lo que únicamente era clamor ó justo resentimiento. Algunos secuaces que le rodeaban, y por los cuales demostró singulares simpatías, le ayudaron en su obra de esterminio, que nunca faltan en los palacios hombres de este jaez, que lejos de vituperar las malas inclinaciones de los reyes, las aplauden y estimulan con perniciosos egemplos. No habia muger de rara hermosura á la que echando mano de su autoridad, no violase, ora fuese ca-

Ayuntamiento de Madrid

sada ó doncella: tanto los padres como los maridos alzaban la voz en demanda de un castigo contra semejante monarca, el que al punto disponia que cesase el clamoreo, mandando dar muerte á los agraviados; medio cruel que le desembarazaba el camino de los obstáculos que se oponian á sus indecorosas conquistas. Era imposible que un trono mas bien manchado, que ocupado por este nuevo Sardanápalo, egerciese por mucho tiempo su siniestro influjo: la sangre que injustamente se derrama, si bien aterra, tambien llega un momento en que enciende los ánimos y escita á la rebelion. Esto sucedió á los godos; los nobles se indignaron con la brutal conducta de este hombre coronado; la plebe participó del enfurecimiento de la nobleza, y la voz de venganza y reparacion resonó unánime en el pueblo.

Teudiselo añadia á lo cruel y lascivo, la impiedad, pues era arriano como sus antecesores. Sus aduladores le contaron cierto dia, que en un pueblo inmediato á Sevilla, llamado Osseto, existia un templo católico, cuya pila de bautismo se llenaba milagrosamente de agua una vez cada año (1). Dudando el rey de la certeza del prodigio, ó mas bien no creyéndolo prorrumpió en estrepitosas carcajadas.

—¡Oh! dijo, yo buscaré medios para que el clero católico no alimente al pueblo con semejantes patrañas. ¿Y qué dia es el consagrado á la prodigiosa emanacion?

—El sábado santo, señor, le respondió en tono de mofa uno de sus parciales.

—Quiero ver esa pila, prosiguió el rey, y estoy resuelto á probar que esa es una invencion ridícula de los católicos.

Con efecto, dispuso el soberano una partida de caza, y salió de Sevilla, donde á la sazon se hallaba la córte, y se encaminó al pueblo de Osseto. Entró en la iglesia cuando menos le esperaban; observó atentamente la pila, y mandó en seguida que en su presencia abriesen una zanja en derredor del milagroso manantial, á fin de dar con las cañerías ocultas; pero segun opinion de un escritor inglés, los operarios no ahondaron lo necesario, y á Teudiselo le fué de todo punto imposible hallar en el momento lo que buscaba. Sin embargo, mandó poner su sello sobre lo trabajado, y regresó á su palacio diciendo á los que le acompañaban:

—Esperemos la llegada de la fiesta solemne y creo que el milagro no se renovará, y acabará de conocer el pueblo estúpidamente crédulo, quienes son sus ministros católicos.

Mientras tanto esperaba Teudiselo la llegada de este dia, la nobleza tramaba una conspiracion para derribarle del trono. Una vez combinado el plan que debia llevarse á efecto, los conspiradores fingieron estar mas que nunca contentos con su rey, y fué tan diestra y tan unida la combinacion de estos hombres, que el monarca mismo se engañó, creyendo que todos, en vez de odiarle le querian.

La víspera del sábado santo por la noche, dispuso en su palacio un espléndido y opíparo banquete, en celebridad del triunfo que debia obtener en el siguiente dia, cuando fuese registrada la pila bautismal. Fueron convidadas muchas personas principales, entre las que iban no pocos de los conjurados.

Dió principio el banquete que fué muy animado; pero cuando el bullicio era mayor y el rey se manifestaba mas contento, á una señal convenida, cayeron al suelo los candelabros que alumbraban la mesa. Despues de algun tiempo que la servidumbre trajo luces, se vió con notable sorpresa mezclada de terror, que muchos de los convidados habian desaparecido, y que Teudiselo yacia en tierra atravesado de doce puñaladas.

Bien pronto cundió la nueva por la ciudad, en cuyos puntos principales se veia á la multitud que compacta y aclamadora convertia en ruidoso fes-

(1) San Gregorio el Turonense refiere este milagro dándole crédito. Masdeu dice que es una invencion de tiempos posteriores, y Mariana estraña que San Isidoro no haya hecho mencion de él en sus escritos.

Ayuntamiento de Madrid

tejo la desastrosa muerte de Teudiselo. Vióse venir á cierta distancia un grupo de hombres armados, al parecer compuesto de personas muy principales, y acompañadas de otros hombres de inferior escala, llevando en sus manos varias antorchas cuya gruesa y reverberante luz se aumentaba con el viento. Esta estraña comitiva llegó al fin al parage donde se hallaba la muchedumbre, y un hombre de hercúlea presencia se adelantó con aspecto solemne y grave; llamó la atencion de los que le miraban, y con voz robusta dijo estas palabras:

—¡Valerosos godos! Por espacio de diez y ocho meses habeis sido mandados por un rey cruel é indigno de ocupar el trono. Una justa y merecida venganza ha puesto término á su inhumana conducta, pues ha pagado con su sangre toda la que ilegalmente ha mandado derramar: ya es seguro el triunfo de la inocencia; ya el padre vive tranquilo y tambien el esposo..... Pero sin rey estais; seguidnos si quereis conocer al que ha escogido la nobleza para que os mande.

Una frenética gritería de aprobacion fué la respuesta de la plebe, la que bulliciosa y entusiasmada, siguió á la alumbrada comitiva. Esta llegó á una plaza, á un estremo de la cual se advertia una casa grande y de no pobre apariencia. Abandonemos por un instante la apiñada muchedumbre que llena el ancho recinto de la plaza, y conduzcamos á nuestros jóvenes lectores á lo interior de la casa antes indicada.

En un aposento medianamente alhajado, está un caballero godo, de luen-

¿QUE SUCEDE? DIJO EL GODO PONIENDOSE DE PIE.

ga y poblada barba, sentado en un grande y cómodo sillon, y conversando afectuosamente con un jóven de bello y agraciado rostro, que al observar la frescura y lozanía de su semblante, revela unos quince años de edad. Contábale el primero con suma prolijidad los hechos mas notables del

Ayuntamiento de Madrid

imperio de Occidente, cuando el jóven interrumpió su narracion con las siguientes palabras:

—¿No escuchais esa griteria, padre mio?

No bien el jóven habia acabado de pronunciar estas frases, cuando se oyó levantar el pestillo de una puerta que daba paso á la estancia, y entró una muger jóven pero de varonil presencia, llena de inmutacion y sobresalto.

—¡Agila!... ¡Agila! esclamó:

—¿Qué sucede? dijo el godo poniéndose de pie.

—Nuestra casa está invadida de gente armada que sube la escalera pronunciando vuestro nombre á gritos: asomaos á ese balcon que presta vista á la plaza y vereis un tumulto popular....

La sobresaltada jóven no pudo continuar, porque entraron á este tiempo algunos caballeros que invadieron la sala.

—¿Qué es esto, señores? preguntó Agila. ¿En qué sentido venis á buscarme? ¿Qué delito puede haber cometido un hombre pacífico y obediente á las leyes de su patria? Hablad.

El mismo caballero que antes habia dirigido la voz al pueblo, dió un paso donde estaba Agila, y sacando un puñal que llevaba en la cintura, esclamó mostrando la hoja:

—¿Qué advertis en la cuchilla de este acero?

—¡Sangre! respondió Agila. ¿Debe esa sangre mezclarse con la mia?

—Si, y no.

—¡Cómo!... Esplicaos.

—La sangre que aun humedece este puñal, es sangre de Teudiselo que gobernó mal á su pueblo. Este os aclama por su rey; pero si la conducta de Agila es semejante á la del finado Teudiselo, este puñal se esconderá en su pecho como hace poco profundizó el corazon del cruel monarca.

—¿Me habeis nombrado vuestro rey? preguntó Agila.

—Si, contestó Tilmonda, que este era el nombre del anterior interlocutor, quien postrándose de rodillas al mismo tiempo que los demas caballeros que le habian seguido, prosiguió:

—Recibid nuestro pleito-homenage, y en la puerta os esperan cuatro hombres robustos que han de conduciros sobre el pavés para que el pueblo conozca á su nuevo soberano, y queden aplazadas para mañana las ceremonias de la coronacion.

Agila fué paseado en triunfo por las calles de Sevilla, y al siguiente dia ya era nombrado rey de los godos.

Cinco años y tres meses estuvo Agila gobernando, durante cuyo período fué su monarquía una serie de acontecimientos prósperos y adversos. La oscuridad conque vivió y la prontitud con que le habian elegido, sin consultar á las demas poblaciones sujetas á la soberanía goda, fué causa de que muchas ciudades se sublevár an no queriéndole reconocer. Acudió á algunas, y aunque poco resuelto en sus operaciones, logró no obstante reducirlas. El trono no reconoce medianías; pide hombres que sepan hacerse superiores á las circunstancias que le rodean, y Agila aunque no dió en la vida disipada y corrompida de su antecesor, careció de la energía y asiduidad tan recomendables á los hombres que se erigen en soberanos de la gran familia de los pueblos. Era ocioso, pusilánime y apocado, tolerante en demasía, escesivo en la indulgencia y de un carácter poco á propósito para conquistarse las simpatías de sus vasallos.

El emperador de Constantinopla, luego que logró arrojar á los vándalos de Africa, desembarazado de estos enemigos, desembarcó en España con un poderoso ejército: esta circunstancia, junta al descontento de las tropas godas que se veian mal pagadas y en un completo abandono, precipitaron poco á poco su reinado. Tilmonda y un gefe de gran cuenta llamado Atanagildo, manifestaron al indolente monarca el grande peligro que su pueblo corria, y le pintaron con los mas vivos colores el triste cuadro que ofreceria la España goda si continuaba observando su conducta de reprensible impasibilidad.

Agila prosiguió indiferente, á punto de dar lugar á que varias ciudades se

Ayuntamiento de Madrid

volviesen á sublevar, siendo una de estas la de Córdoba, que haciéndose fuerte dentro de sus muros se negó á obedecer al perezoso rey. En fin, á consecuencia de las repetidas intimaciones de sus fieles consejeros, pareció despertar de su aletargada indolencia, y juntando gran número de soldados, puso cerco á la ciudad de Córdoba; pero los sitiados hicieron una vigorosa defensa verificando á la vez varias salidas y siendo tan grande el destrozo que causaban en las filas sitiadoras, que Agila, con su natural desaliento, se resolvió á levantar el sitio con precipitacion, y la que en un principio fué retirada, se declaró en desordenada fuga. Los moradores de Córdoba cargaron sobre los fugitivos, apoderándose de los bagages y de los inmensos tesoros que el rey habia llevado consigo. El hijo del monarca, tal vez avergonzado de la derrota que su padre esperimentaba, hizo frente á los persegidores con un corto número de soldados; pero desgraciadamente pagó con la vida este rasgo heróico, y sus defensores fueron inmediatamente pasados á cuchillo. Mientras tanto el derrotado monarca seguia huyendo, ignorante de la suerte fatal de su hijo, y solo cuando llegó á Mérida, cuyos muros le dieron abrigo, supo el lastimoso fin del que pensaba seria su sucesor.

Con semejante descalabro creció el descontento de los godos, descontento que llegó á propagarse en tales términos, que no habia un solo individuo que no le despreciara.

Atanagildo, uno de los gefes mas principales del ejército godo, y quien con no mucho disimulo daba evidentes pruebas de aspirar á ceñirse la corona, prorrumpió abiertamente su anatema contra el rey vencido, y seguido de Tilmonda y de gran número de soldados se dirigió á Mérida. Agila que llegó á entender los intentos de Atanagildo, á fuerza de promesas y adulando á los pocos soldados que amenazaban dejarle, logró que se declararan en su favor y salió con ellos á recibir á su enemigo. La batalla fué violenta, pero de poca duracion, porque las tropas de Agila se pasaron á las filas contrarias, y el soberano tornó á entrar en Mérida confuso y avergonzado, y lo que es mas, preveyendo lo funesto de su fin.

Cuando los vencedores entraron en la ciudad, la primer diligencia de Atanagildo fué apoderarse de Agila. Llevóle á la plaza donde se hallaban las tropas y una numerosa poblacion, y colocó á la real persona en parage donde todos la viesen.

—¿Vais á matarme? preguntó Agila á las personas que le rodeaban.

Entonces se acercó Tilmonda al rey, y sacando un puñal, le mostró diciendo.

—¿Te acuerdas de la noche en que te enseñé la hoja de este acero?

—Si, contestó Agila.

—¿Te acuerdas, prosiguió Tilmonda de mis palabras?

—Si; me dijiste que le esconderias en mi pecho si mi conducta era semejante á la de Teudiselo; pero antes de clavarle, repara que no me he parecido á él.

—Ciertamente, interrumpió Atanagildo; tu conducta ha sido enteramente opuesta. Aquel fué cruel y lascivo, tú indolente, poco avisado y cobarde; pero ambos habeis oscurecido el esplendor del trono: ambos mereceis la muerte; y á diferente crimen, diferente castigo.

—¡Como! esclamó Tilmonda....

—Guarda ese puñal, dijo Atanagildo, y mátele el verdugo; pero antes sea despojado de sus insignias reales quien no supo hacerlas dignas de su persona.

Al par que la tropa y el pueblo gritaban, Atanagildo, le arrancó la corona que llevaba puesta y lanzóla al suelo diciendo en alta voz.

—Valerosos godos, quien oscurece el lustre de una corona, no debe ceñirla.

En seguida Tilmonda, le despojó del manto, y despues que le arrojó al suelo y le pisoteó, esclamó.

—Valerosos godos, el manto régio que cubre la persona de un hombre vulgar y no la de un rey, debe ser hollado con el pie.

Ayuntamiento de Madrid

Luego Atanagildo le quitó la espada, y sacándola de la baina, la mostró al pueblo gritando,

—¿La veis, valerosos godos? No cuenta ni una proeza militar; y cuando salió de la baina, fué únicamente para mostrar su brillo acerado, y no para defenderos cual mereceis.

En esta guisa le fueron poco á poco despojando de todos sus arreos entre la frenética gritería de la muchedumbre que aplaudia esta vergonzosa escena con ademanes jubilosos. Despues le entregaron al verdugo que cumplió tambien su encargo cortándole la cabeza; ésta fué paseada con el mayor escarnio por las calles de Mérida, y el resto de su cuerpo atado á la cola de un caballo y arrastrado de la misma suerte.

Así acabó este monarca, que «fué tratado, dice Duchesne, por sus mismos parciales como rey de farsa ó de teatro; y despues de haberle quitado con el desprecio la primera vida del hombre, que es la honra, le privaron con el cuchillo de la menos estimable que es la del cuerpo.» Réstanos, pues, hablar de Atanagildo, principal motor de este memorable suceso, lo que procuraremos verificar en el número siguiente.

I. A. Bermejo.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LOS JUEGOS INFANTILES.

DE LAS MUÑECAS, Y DE SU ORIGEN.

Puori edificant, navigant, agros colunt, Nuptias effingunt, simulachra quedam proferunt et arca illa collectantur.

(Catacuceno).

El origen de las muñecas, le deriva Rodrigo Caro en el párrafo 4.º de sus Dias geniales, de los dioses pueriles, de los gentiles, y como las veamos nosotros en el dia ser los ídolos de nuestras hijas en su primera edad, nos es preciso, conformes con la opinion de aquel erudito autor, hacer mencion de cuanto contribuir puede á probar nuestra creencia en este particular.

No obstante de que los gentiles enseñaron á sus hijos la doctrina de los dioses que seguian, la propension natural de imitar que tienen los muchachos, les hizo crearse unos propios á su edad á los que denominaron *Oscillas* ó *Sigilla*, segun lo hallamos en el lib. 1.º, cap. 11. de las Saturnales de Macrobio, y mejor en Catacuceno, sobre la Sabiduria, cuando dice lo que dejamos sentado en el epígrafe de este artículo.

Que las Sigillas eran imagencillas sagradas, nos lo esplica Macrobio en el lib. 1.º, cap. 11, de sus Saturnales, y por lo tanto tenian su fiesta particular en el mes de diciembre, al propio tiempo que se celebraban las Saturnales, siendo estas *Oscillas* ó *Sigillas*, objetos que se enviaban de regalos á los niños como hoy las muñecas en épocas de ferias, ó los dulces, bollos ó cosas de comer en los dias de las fiestas de Navidad.

Segun Ovidio, los muchachos hacian fiesta á los dioses Lares en las calendas de mayo, y en ellas levantaban altares á estas figurillas, á la manera que hoy lo hacen los nuestros en todas épocas con imagencitas de barro de la Virgen y de los Santos, entre los que se vé tienen particular aficion á San Juan con su corderillo, y á San Antonio con el niño, razon por lo que en sus festividades se pueblan las cercanías de las iglesias compuestas de santitos para que los padres paguen el

Ayuntamiento de Madrid

gusto y aficion de sus hijos á estas religiosas niñerías.

Hallamos en Festo, que los hombres libres ponian colgadas del cuello de sus hijos las Oscillas ó Sigillas y del de los esclavos unas bolas; y como estas costumbres eran religiosas, dice Persio en la Sátira, que luego que llegaban las doncellas á la pubertad, colgaban estas muñecas en el templo, dedicándoselas á la diosa Venus. En esto hallamos nosotros tambien el origen de la costumbre española, de colgar diges del cuello de los niños, si bien en muchos de estos diges se encuentra envuelta la supersticion de la higa, del cuerno y otros objetos fanáticos con que se pretende librar á los niños del llamado mal de ojo.

Si bien la religion cristiana condenó toda práctica gentílica, como las leyes no alcanzan á los niños tan luego como á los mayores por la falta de comprension; aun en el tiempo de Arnobio Afro, no se habia cesado de adorar las muñecas por los muchachos, puesto que en su lib. 3 dá cuenta de ellas como de cosa supersticiosa: *Sæpé numero videmus hoc signa modo parvula fieri, et palmarem insminatiem contrali.*

Como muy acertadamente dice Rodrigo Caro, los griegos que nada dejaron de inventar y de enseñar, tuvieron tambien muñecas, á las cuales denominaron *keogas*, y de ellas hace mencion Dion Crisóstomo en la Oracion Rodiaca, Lactancio Firmiano en el cap. 4.°, lib. 2 de sus Divinas instituciones y San Agustin en el lib. 7.°, cap. 3 de la ciudad de Dios.

Los romanos tenian sus dioses particulares para que mirasen por los niños, y por lo tanto la diosa *Cuencia*, era protectora de los niños en la cuna, *Adeone* y *Abeona* eran como sus ángeles de guarda, *Boza-mente*, la que les daba entendimiento, y *Statano* y *Fabulano*, les protegian para romper á andar y para empezar á hablar, y por lo tanto los nombres de estos dioses se originaban de sus oficios. Que los hebreos conocieron las muñecas y que las adoraron por algun tiempo, casi se colige de lo que se ve en el cap. 21 del Génesis, cuando dice que Sara viendo jugar al niño Isaac con el muchacho Ismael, hijo de Agar, la pareció tan pesado el juego, que pidió á su marido Abraham hiciese echar de su casa á madre é hijo; y asi parece pensarlo San Gerónimo sobre el Génesis, Nicolas de Lyra, y San Buenaventura sobre el cap. 12 de la Sabiduria, siendo considerada esta costumbre de las muñecas por Jacobo Bidermano in Herodiano. Fueron, tambien dioses de los muchachos *Interduca* y *Manduca*, que eran los que les guardaban en casa y llevaban de la mano, y tal vez de Manduca se derive el nombre de *muñeca*. Luego que la ley del Evangelio aclaró las tinieblas de la ignorancia, ó por mejor decir, las despejó del todo con su clarísima luz, todas las supersticiones gentílicas fueron condenadas por el cristianismo, y si quedaron algunas prácticas, no tuvieron ya carácter religioso, y esto sucedió á las muñecas; pues lejos ya de ser juguetes sagrados pasaron, á ser objetos de mera diversion y entretenimiento, figurando hoy con ellas nuestras lindas niñas ya pequeños niños, á los que denominan *nenes* en su cariñoso lenguage, y ensayando con ellas los oficios de madre que despues han de practicar á lo vivo, ya jovencitas, como ellas, con quienes conversan como tiernas amigas, ó ya tambien señoritas á quienes pretenden imitar, estudiando siempre el papel que están llamadas á representar en la sociedad, como si las muñecas estuviesen destinadas á servir de maniquí para aprender en ellas los gestos, movimientos y compostura con que se han de distinguir despues. En su primera instrucion en las labores, las muñecas sirven tambien á nuestras niñas para hacer sus primeros ensayos en las labores de su sexo, entreteniéndose en hacer las camisitas y vestiditos, ensayos que suelen serles muy útiles, de suerte que las muñecas tienen la virtud de entretenerlas en la cuna, de divertirlas poco despues, y de servir á su instruccion cuando ya mayorcitas. Este idolillo de las muchachas, que lejos de abolirse por antiguo se va haciendo cada

Ayuntamiento de Madrid

vez mas de moda, y que presentimos que jamás se abandonará, hace tambien un ramo de comercio que no deja de ser productivo á los nacionales y estrangeros que se dedican á él, y en particular á los alemanes, que nos inundan con sus elegantes muñecas, que son en toda feria el regalo mas espresivo que puede hacerse á una niña, y el juguete que consideran de mas valor. Los niños, si bien se divierten tambien con la muñecas, su idolatria acaba siempre por destrozarlas, causando no pocas lágrimas á sus hermanitas ó amigas algunas veces, y llevándoles su instinto varonil á los objetos peculiares á su sexo, el caballo de carton ó de madera, el sable de hojadelata, el fusil y todos los aprestos de guerra, ó en otros los altares y sus santos y la pica del torero, son sus juguetes mas favoritos, y por los cuales arrojan ó abandonan sus muñecas al bello sexo. B. S. Castellanos.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

JUANA DE ARC.

III.

Continuacion.

Hermoso y pintoresco paisage se presenta á nuestra vista; á juzgar por él gran número de soldados que por el transitan, debemos conceptuarle como un campamento: entre estos militares estan Talbot y Lionel, capitan inglés, Felipe, duque de Borgoña, el caballero Falstolf y Chatillon, al lado de cuyos personages se distinguen tambien varios porta-estandartes.

—Detengámonos aqui, dijo Talbot y establezcamos nuestro campamento entre estas rocas; acaso parecemos fugitivos, dispersos al primer espanto. Colocad buenos centinelas y ocupemos las alturas: la noche nos impide que seamos nuevamente perseguidos, y á menos que nuestros contrarios no tengan alas, no puedo temer ninguna sorpresa. Sin embargo, es menester que usemos precauciones, puesto que tenemos que habérnoslas con un partido audaz que nos ha derrotado.

El caballero Falstolf, á fin de cumplir las órdenes de Talbot, se separó de todos acompañado de algunos soldados, Lionel que hasta entonces habia guardado un profundo silencio, al oir la palabra derrotado, levantó la cabeza, sacudiéndola como quien desecha su ademan contemplativo y esclamó:

—¡Derrotados! general, no pronuncieis esa palabra; no puedo ni aun pensar que los franceses hayan visto hoy huir á los ingleses. ¡Oh! ¡Orleans, Orleans! ¡Tumba de nuestra gloria! El honor de la Inglaterra ha sucumbido al pie de tus muros. ¡Vergonzosa y ridícula derrota! ¿Quién podrá creerlo en los tiempos venideros? Los vencedores de Poitiers, de Crecy, de Azincourt, rechazados por una muger!

—Eso debe consolarnos, interrumpió el duque de Borgoña. No hemos sido vencidos por hombres sino por el demonio.

—Por el demonio de nuestra locura, dijo Talbot. ¿Cómo, duque, sustentan tambien los príncipes estas quimeras del pueblo? La supersticion no es el mejor recurso para cubrir la cobardía; vuestros soldados han huido los primeros.

—Nadie se ha esceptuado, repuso el duque; la fuga ha sido general.

—No, caballero, prosiguió Talbot, ha comenzado por vuestra columna; vuestros soldados se han precipitado en nuestro campo, gritando: «El infierno se ha desatado; Satanás defien-

Ayuntamiento de Madrid

de á la Francia.» y de este modo han puesto á los demas en completa dispersion.

—No podeis negarlo, dijo Lionel en apoyo de Talbot; vuestra ala ha plegado la primera.

VISTA DE UNA DE LAS FORTALEZAS DE ORLEANS.

—La doncella, observó Talbot, conoció perfectamente la parte débil de nuestro campo.

—¡Cómo! esclamó el duque, ¿son por ventura los borgoñones los culpables de esta desgracia?

—Si, dijo Lionel; de otra manera, no hubiésemos perdido á Orleans.

—Decid mas bien, respondió el duque, que á no haber sido por mi nunca hubiéseis visto á Orleans ¿Quién os ha abierto un camino para llegar á

Ayuntamiento de Madrid

esa plaza? ¿quién os ha tendido una mano amiga y fiel cuando érais rechazado por su grande hostilidad? ¿quién ha coronado á vuestro Enrique en Paris y le ha sometido el corazon de los franceses? ¡Vive el cielo que si este brazo poderoso no hubiese desnudado su espada, jamás hubiéseis visto el humo de la chimenea de una casa de Francia.

—Duque, dijo Lionel con altanería; si las palabras valen tanto como los hechos, solo vos habeis conquistado la Francia.

—Os afligis, dijo el duque, por la pérdida de Orleans, y echais contra mí la amargura de vuestra cólera, contra mí que soy vuestro aliado. ¿Por qué hemos perdido á Orleans, sino por causa de vuestra avidez? La ciudad estaba dispuesta á entregarse; pero vuestra envidia la ha perdido

—No la hemos sitiado por vos, duque, repuso Talbot.

—No obstante, dijo el duque; teneis gran necesidad de mi alianza, y por eso vuestro regente la ha comprado muy cara.

—Ciertamente, contestó Talbot; convengo en ello, pues hoy la hemos pagado con nuestro honor delante de Orleans.

—No digais mas, contestó el duque, pues podreis arrepentiros. ¿He abandonado la bandera de mi legítimo soberano, me he adquirido el nombre de perjuro para soportar semejante tratamiento de los estrangeros? ¿qué necesidad tengo de combatir contra la Francia? Si he de servir á ingratos, prefiero entonces servir á mi verdadero rey.

—Hemos sabido, contestó Talbot, que estais en negociaciones con el delfin; pero creo que hallaremos medios de prevenirnos contra la traicion.

—¡Vive el cielo! esclamó el duque, ¡qué así se me trate!

En seguida se dirigió á Chatillon, y prosiguió encolerizado:

—Chatillon, que se reunan mis tropas para la partida; volvamos á nuestras provincias.

Y mientras que Chatillon salia para dar cumplido efecto á las órdenes del duque, proseguia Lionel hablando en voz alta, lo siguiente:

—Buen viage; nunca fué mas brillante la gloria de Inglaterra, que cuando fiándose solamente en su buena espada, combatió sin auxiliares. Que cada uno defienda su propia causa; ademas puede decirse con certidumbre que jamás los franceses y los ingleses, podran unirse sinceramente.

El anterior diálogo fué interrumpido con la entrada de la reina Isabel, que se presentó á los interlocutores acompañada de sus pages.

—¿Qué escucho, caballeros? deteneos ¿Qué astro funesto estravía de tal modo vuestros sentidos? Ahora, que solamente la concordia puede sosteneros, ¿quereis que el odio os divida y prepare vuestra ruina? Yo mando, noble duque, que retracteis esa órden demasiado pronta, y vos, ilustre Talbot, apaciguad á un amigo irritado. Venid, Lionel, ayudadme á satisfacer á estos ánimos orgullosos, para asegurar su reconciliacion.

—No, señora, contestó Lionel; soy del mismo dictámen, y pienso que aquellos que no pueden permanecer unidos, deben separarse.

—¡Cómo! continuó Isabel; los artificios del infierno, que tan funestos nos han sido en el combate, ¿deben tambien estraviar nuestros sentidos?

Y dirigiéndose á Talbot prosiguió.

—¿Quién ha dado principio á esta desavenencia? Hablad. ¿Sois vos, noble lord, quien olvidando vuestros propios intereses insultais al mejor de los aliados? Ha elevado el trono de vuestro rey; puede á su antojo mantenerle ó destruirle. Su ejército os sostiene, y mas que todo su nombre: aunque toda la Inglaterra viniese aquí, nunca seria capaz de vencer á este reino si permanece unido; y la Francia solo, puede vencer á la Francia.

—Señora, dijo Talbot; nosotros sabemos honrar á un amigo fiel; pero tambien sabemos ponernos en guardia contra la falsía, y esto me parece que es una ley de prudencia.

—¿Qué decis, noble duque? preguntó Isabel. ¿Podreis someteros á semejante vergüenza, abjurar vuestro ho-

Ayuntamiento de Madrid

nor de príncipe, y poner vuestra mano sobre la mano de aquel que hizo morir á vuestro hermano? ¿Sereis tan insensato que creais en una reconciliacion sincera con el delfin despues de haberle lanzado vos mismo hasta el borde del precipicio? ¿Si despues de su caida, acaso querreis detenerle, y en vuestra ceguedad destruir vuestra propia obra? Aquí están vuestros amigos; vuestra salvacion descansa en la estrecha alianza que habeis celebrado con la Inglaterra.

—Estoy muy distante, respondió el duque, de pensar en hacer la paz con el delfin; pero no puedo soportar la arrogancia y el desprecio de la orgullosa Inglaterra.

—Venid á reparar el efecto de una espresion poco meditada, dijo Isabel. El general ha esperimentado un violento pesar, y la desgracia, vos lo sabeis, es injusta. Llegad y abrazaos; dejadme curar pronto esta herida antes que se envenene para siempre.

—¿Qué pensais, duque? dijo Talbot. Un corazon noble se somete con gusto á la razon; la reina ha pronunciado una palaba juiciosa... dadme la mano, borremos de este modo la injuria producida por mi lenguage imprudente.

—Si, contestó el duque, las palabras de la reina son razonables, y mi justo agravio cede á la necesidad.

—Muy bien, esclamó la reina con acento complacido: celebrad con un abrazo de fraternidad esta nueva alianza, y que el viento se lleve las palabras que antes habeis pronunciado.

El duque y Talbot quedaron suspensos un instante dirigiéndose miradas inciertas, mas al fin, á una señal de Isabel, se acercaron de repente y se dieron un fuerte abrazo.

—Caballeros, dijo despues la reina con acento grave; hemos perdido una batalla, la fortuna nos ha sido contraria; pero no os amilaneis por eso. El delfin, no teniendo ya confianza en la proteccion del cielo, ha recurrido á los artificios de Satanás; pero ni el mismo infierno le protegerá; una muger victoriosa conduce al ejército enemigo; yo quiero guiar al vuestro; yo quiero ser vuestra Juana, vuestra profetisa.

—Señora, volved á Paris, interrumpió Lionel: queremos vencer únicamente con el auxilio de nuestras espadas, y no con el de las mugeres.

—Si, reina, dijo Talbot, es lo mas prudente, porque desde que estais en nuestro campamento, todo se ha desencadenado, y la bendicion no acompaña ya á nuestro ejército.

—Si, reina, dijo el duque vuestra presencia no produce aquí nada bueno. El soldado está indispuesto con vos.

Isabel quedó suspensa, mirando á unos y á otros con estraña sorpresa, y despues de un momento de silencio, se espresó en los términos siguientes, dirigiéndose al duque:

—¿Vos tambien, duque, tomais partido contra mi, al par que estos ingratos?

—No os detengais, señora, prosiguió el duque; el soldado pierde su ánimo cuando cree combatir por vuestra causa.

—No bien os he puesto en paz, cuando al instante os unis contra mi...

—¿A qué os deteneis, reina? preguntó Talbot. Dios os guarde, señora; y espero que cuando esteis lejos, no temeremos ningun peligro.

—¿No soy vuestra fiel aliada?.... ¿Vuestra causa no es la mia?

—Pero no es la vuestra la que defendemos, dijo Talbot; estamos empeñados en una guerra buena y leal.

—Yo vengo la muerte sangrienta de mi padre, dijo el duque: el deber filial santifica mis armas.

—Hablemos con franqueza, observó Talbot; vuestra conducta, señora, respecto al delfin, no es justificable ni á los ojos de los hombres, ni á los de Dios.

—¡Caiga mi maldicion sobre él y sobre su raza hasta la segunda generacion!.. ¡Ha ultrajado á su madre!

—Vengaba á un padre y un esposo, dijo el duque.

—Se ha constituido en juez de mi conducta.

—Es una falta de respeto por parte de un hijo, dijo Lionel.

Ayuntamiento de Madrid

—Me ha desterrado, dijo la reina.

—Para satisfacer la opinion pública, respondió Talbot.

—¡Maldita sea yo si le perdono!

—¿Inmolareis el honor de un padre? preguntó Talbot.

—Vosotros no sabeis, almas débiles, respondió Isabel, lo que puede la cólera de una madre ultrajada: amo al que me hace bien, aborrezco al que me ofende; y si este último es mi propio hijo, el hijo que yo he alimentado, le odio mucho mas. Yo le he dado la existencia, y quisiera arrancársela, pues con su arrogancia impía ha herido el seno de su madre. Pero vosotros que haceis la guerra á mi hijo, no teneis ningun derecho, ningun motivo para despojarle. ¿Qué falta ha cometido el delfin hácia vosotros? ¿á qué deber ha faltado? La ambicion, los celos os escitan; yo puedo aborrecerle, porque soy una madre ofendida.

—Muy bien, reina; el delfin conocerá á su madre en su venganza, dijo Talbot.

—¡Miserables, hipócritas! ¡Cuánto os desprecio! Os engañais como engañais al mundo. Vosotros los ingleses, penetrais como bandidos en Francia, donde no teneis derecho, ni el mas leve pretesto honrado para poseer una pulgada de terreno. Y este duque á quien apellidan el *Bueno*, ha vendido a su patria, la herencia de sus antepasados á los estrangeros, á los enemigos de su reino. Sin embargo, hablais de justicia. Desprecio la hipocresía, puesto que los ojos del mundo me ven tal como soy.

—Es verdad, repuso el duque; habeis sostenido vuestra fama con talento y firmeza.

—Decid cuanto querais, contestó Isabel. He venido á este país para vivir como reina, y no para serlo en la apariencia. Estimo mi libertad mas que la vida... Pero ¿á qué discutir con vosotros mis derechos? Tampoco penseis que me inquietan ya los borgoñones ni los ingleses.

Al decir estas palabras, volvió las espaldas á los circunstantes, hizo una seña á los pages que la habian venido acompañando, y se alejó maldiciendo al duque y á los caballeros ingleses que estaban con él.

—¡Qué muger! dijo Talbot.

—Caballeros, dijo Lionel: ¿cuál es vuestro dictámen? ¿Proseguimos nuestra retirada, ó reparamos por medio de un ataque pronto y decisivo la derrota de hoy?

—Somos pocos, dijo el duque; las tropas están dispersas, y el espanto del ejército demasiado reciente.

—Un terror ciego, dijo Talbot, la impresion súbita de un momento, es la única causa de nuestra derrota. Por lo tanto soy de parecer que al rayar el dia avancemos contra el enemigo.

—Reflexionad... dijo el duque.

—Con vuestro permiso, interrumpió Lionel; no hay nada que reflexionar. Debemos cuanto antes ganar lo que hemos perdido, ó de lo contrario nos veremos humillados para siempre.

—Está decidido, dijo Talbot: mañana combatiremos para destruir á ese fantasma aterrador que ciega y desanima á nuestras tropas; luchemos cuerpo á cuerpo con ese demonio que se ha presentado bajo la forma de una jóven: si se encuentra al alcance de nuestra espada, espero que nos habrá enojado por la última vez; y si no se presenta, ó desdeña nuestro combate, el ejército quedará desengañado.

—Sea; dijo Lionel: confiadme esta lucha fácil donde no correrá la sangre: yo me comprometo á apoderarme de ese fantasma á vista del ejército enemigo.

—No os lisongeeis mucho con esa idea, dijo el duque.

—Bien; señores, observó Talbot: ahora pensemos en reparar nuestras fuerzas por medio de un sueño dulce y apacible, y mañana comenzaremos á pelear desde que salga la aurora.

Los soldados que sin órden ni concierto discurrian por aquel campamento, se fueron poco á poco organizando y ausentándose detras de sus respectivos gefes, cuando vieron que Talbot, el duque y Lionel, habian tambien desaparecido de aquel lugar. Pero no bien quedó solo el campamento, cuando al instante se presentó Jua-

Ayuntamiento de Madrid

na con una bandera en la mano, ciñendo un casco reluciente, y una coraza, cuyos objetos contrastaban maravillosamente con su rostro femenil y el vestido de muger que llevaba puesto. Dunois y La Hire la seguian; al mismo tiempo que infinidad de caballeros y soldados subian por las rocas, é iban poco á poco avanzando á donde estaba el enemigo. En tanto que el ejército francés desfilaba, Juana miró atentamente á los caballeros que la rodeaban, y despues de algunos instantes de silencio esclamó:

—Hemos logrado atravesar los baluartes enemigos; estamos en el cam-

UN GEFE ARENGANDO Á LAS TROPAS FRANCESAS.

po. Descorred ahora el velo de la noche silenciosa que nos ha protegido en nuestra marcha, y anunciad á los enemigos nuestra llegada al grito de guerra: ¡*Dios y la Doncella*!

Todos al punto repiten las voces indicadas, y hacen ruido con sus armas, y en seguida sonaron por distintos lados muchas trompetas y atambores. Los centinelas y avanzadas de las tropas inglesas, gritaron tambien espantados anunciando la sorpresa, y

Ayuntamiento de Madrid

Juana enmedio de aquel grande tumulto esclamó.

—¡Traed antorchas; incendiad sus tiendas! ¡Que las llamas aumenten el terror!

A este tiempo se vió á un gefe, que con una antorcha en la mano, y subido en una altura, arengaba á los soldados, los que despues empezaban á correr, y ella quiere seguirlos; pero Dunois la detiene y la dice.

—Habeis cumplido vuestro deber, Juana; nos habeis conducido al campo; habeis puesto al enemigo en nuestras manos. Ahora retiraos del combate, y dejadnos decidir la sangrienta lucha.

—Mostrad al ejército, dijo á su vez La Hire, el camino de la victoria, llevad con vuestras castas manos la bandera delante de nosotros; pero no empuñeis la espada, no tenteis al dios de las batallas, pues es ciego y á nadie esceptua.

—¿Quién se atreve á decir que me detenga? esclamó Juana; ¿quién se atreve á mandar al espíritu que me guia. Donde está el peligro debe estar Juana: no es hoy ni este el lugar donde debo sucumbir; debo ver la corona de Francia sobre la cabeza de mi rey, y hasta tanto que no haya llevado á cabo lo que Dios me ha mandado, ningun contrario me quitará la existencia.

Diciendo estas palabras se fué enarbolando su bandera por el mismo sitio por donde se habian dirigido las tropas francesas, y La Hire y Dunois la siguieron con sus espadas desnudas, esclamando el primero.

—Sigamos á la heroina, y hagámosla un baluarte con nuestros cuerpos.

(*Se continuará.*)

LA CATEDRA EN EL CAMPO,

O SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

XI.

HIGIENE.

CONTINUACION.

Estado eléctrico del aire. En tanto que el equilibrio exista entre el estado eléctrico del globo y el de la atmósfera, las funciones se efectuan con facilidad, y nada viene á anunciarnos la presencia de la electricidad en el aire; pero cuando este fluido abunda en las nubes, y permanece cierto tiempo sin descargarse de él, entonces esperimentamos, y con especialidad, las personas nerviosas, una opresion cuya intensidad varia. Esta opresion va acompañada de agitaciones, en los miembros, y de dolores en las articulaciones. Este estado dura tanto como la sobrecarga eléctrica, y cesa al punto que el equilibrio se restablece. Los medios de sustraerse hasta cierto punto á este efecto, consisten en disminuir la susceptibilidad nerviosa, en entregarse al sueño, y en evitar sobrecargar el estómago y en suspender toda clase de trabajo intelectual.

—*Vicios de las propiedades químicas del aire.* Para que llenemos cumplidamente nuestro objeto acerca de la economía animal, el aire debe ofrecer sus materiales constituyentes en ciertas proporciones. Si á estos materiales se juntan gases estra-

Ayuntamiento de Madrid

ños, entonces pueden manifestarse síntomas mas ó menos graves y hasta la muerte; y esto es precisamente lo que acontece en los lagares donde están dispuestas las cubas en que fermenta la uva, y ademas, en los parages donde se fabrican el vino de cidra y la cerveza. La fermentacion produce gas ácido carbónico, que mezclado por una quinta parte con el aire atmosférico, le hace completamente impropio á la respiracion, y produce la asfixia en menos de dos minutos. Tambien basta este efecto para advertir las precauciones que deben tenerse al entrar en estos sitios, y el cuidado que debemos poner en renovar el aire que contienen antes de esponer á los obreros á su accion. El gas ácido carbónico, siendo tan impropio á la combustion como á la respiracion, esta propiedad suministra un medio bien sencillo y fácil para conocer su presencia: basta para esto conducir una luz en distintas direcciones, y se juzgará que el aire es respirable cuando la llama no sufra ninguna alteracion; pero si se apaga, es una señal manifiesta de que el gas ácido carbónico se encuentra en proporcion asfixiable.—Los mismos efectos se producen en ciertas cavidades subterráneas, como por egemplo, en la gruta del Perro, de las cercanías de Nápoles.—Las diferentes especies de carbon y la brasa de la leña, desprenden durante su combustion proporciones mas ó menos grandes de gas óxido de carbono, que tambien produce la asfixia, despues de haber hecho esperimentar al que se espone á su emanacion, dolores de cabeza, vértigos, palpitaciones, opresiones, desfallecimientos, etc. Este hecho nos advierte del peligro que hay en colocar braseros en los aposentos, y basta encerrar mucho las chimeneas y estufas con el objeto de conservar todo el calor.

Aire no renovado. Sabemos que la respiracion altera el aire atmósferico, y que el que aspiramos ofrece una composicion distinta del que habiamos aspirado. Es preciso deducir de aquí que al cabo de cierto tiempo, el aire de una pieza donde se encuentran reunidas muchas personas será impropio á la respiracion, sino se ha renovado lo bastante; por eso presenciamos á menudo en habitaciones de escesiva concurrencia, personas débiles y mugeres irritables, atacadas de síncopes y otras indisposiciones análogas. A fin de remediar estos inconvenientes basta abrir los balcones y las puertas, sobre todo las que están directamente opuestas, pues entonces la corriente es mas activa

—Las *estacion s*, egercen en nosotros efectos muy distintos. Durante el invierno el pulso está mas fuerte y mas lleno, pero menos frecuente que en el verano. La vida esterior es menos espansiva; el sistema nervioso está como entorpecido, y las pasiones parecen adormecidas. La disminucion de la traspiracion cutánea y la impresion del frio sobre la superficie del cuerpo, determinan con frecuencia durante esta estacion congestiones interiores, con especialidad sobre los pulmones que están continuamente irritados por la respiracion de un aire frio. Las precauciones higiénicas que hay que tomar en invierno, dependen principalmente de la ropa que debe convenientemente garantirnos del frio y de la humedad, del egercicio que es preciso hacer para adquirir cierta cantidad de calor y en fin del régimen alimenticio, que debe ser muy nutritivo y bastante escitante para mantener en nuestros órganos una actividad conveniente. La *primavera*, cuando no es ni fria, ni húmeda, es una estacion que conviene perfectamente al hombre sano ó enfermo.—El *verano*, propiamente hablando, es la mejor estacion para el hombre, y cuando generalmente esperimenta menos enfermedades; tanto como duran los calores, la facultad digestiva y las funciones nutritivas se egercen con menos energía que en el invierno; durante este tiempo tambien la imaginacion y las pasiones se exaltan mas: se han notado que los grandes movimientos populares que han cambiado la faz de los pueblos se han verificado por lo general en los tiempos mas calorosos. Soportado el verano con dificultad por

Ayuntamiento de Madrid

las personas plectóricas, conviene perfectamente á las que son nerviosas, melancólicas, débiles y de edad avanzada ó afectadas de enfermedades crónicas. Los alimentos vegetales hácia los cuales nos conduce una especie de instinto, son los mas convenientes durante esta época.—El *otoño*, que vé á los árboles despojarse de su verdor y á una multitud de animales perecer y espatriarse, no egerce poca influencia en la salud; los órganos digestivos, debilitados por los calores, funcionan con dificultad, la respiracion continuada disminuye así como las fuerzas y la energía, hasta que llegan los primeros frios á modificarlas. Esta estacion predispone á las calenturas adinámicas, á las afecciones catarrales y señala el término de la existencia á un gran número de tísicos: un alimento fuerte y el vino conviene á esta época, durante la cual es preciso sobre todo ponerse al abrigo de la humedad y de las variaciones de la temperatura.—Nada digo respecto al *clima*, pues lo que acabo de manifestar con referencia á las estaciones se refiere igualmente á él.

—La *claridad* es uno de los mas importantes estimulantes, no solo para la piel á quien colora, sino tambien para toda nuestra organizacion. Los individuos que viven privados de su benéfica accion, palidecen, lo mismo que las plantas se enervan y decoloran con las mismas condiciones: entre aquellos las funciones cutáneas, la respiracion, la circulacion de los movimientos, etc., languidecen, al paso que el sistema linfático toma predominio. Por eso recomendamos mucho, los médicos, que se haga egercicio mientras que el sol está en el horizonte, y que no se viva en habitaciones donde la luz penetra con trabajo ¿No estamos viendo todos los dias á los que habitan en casuchas bajas de calles estrechas que se presentan á nuestros ojos con una tintura blanquecina y amarillenta, al mismo tiempo que observamos la diferencia de coloracion que existe en los habitantes de las ciudades y del campo?

Dicho esto paso á manifestar á mis jóvenes oyentes todo aquello que corresponde á las cosas que se aplican á la piel; es decir, á la superficie del cuerpo.—La *ropa*, los *baños*, las *fricciones*, los *cosméticos*, etc., son los objetos que constituyen la segunda clase (*aplicata*).—Todo lo que sirve para cubrir el cuerpo lleva generalmente el nombre de *ropa*. El cáñamo, el lino, el algodon, la seda, la lana, las pieles y los cueros, son las materias que sirven para la confeccion de las diversas piezas de nuestros trages; pero no es conveniente emplearlas indistintamente: los productos de ambas sustancias tienen ventajas é inconvenientes que deben preferirse ó desecharse segun tal ó cual circunstancia.—Los tegidos de cáñamo, de lino y de algodon que forman nuestra ropa interior, tienen propiedades un poco diferentes. Los primeros son mas frescos, producen sobre la piel una sensacion de bienestar, pero cuando se impregnan de sudor, hacen esperimentar un frio bastante pronunciado que no deja de sernos nocivo. Los tegidos de *algodon* son mas calientes y producen en la piel una pequeña irritacion que puede en ciertos casos ser favorable á la perspiracion cutánea.—La *seda*, suave al contacto y con la cualidad de concentrar el calor, es sin embargo una tela poco á propósito para la aplicacion directa, pues se humedece con facilidad, se seca con dificultad y no deja pasar la electricidad.—La *lana* posee en alto grado las ventajas de la seda y del algodon. Como la primera es caliente; como el segundo escita á la piel y ademas tiene la ventaja de absorver la humedad sin causar la impresion del frio. En estos últimos tiempos se ha propagado estraordinariamente el uso de la lana aplicada al cuerpo, y no puede negarse los servicios que puede prestar la franela á las personas débiles, reumáticas ó afectadas del pecho. Es preciso, no obstante, evitar acostumbrarse á este género de abrigo, pues cuando se lleva algun tiempo, es muy difícil dejarle sin esponerse á graves inconvenientes: es un medio escelente; pero que es preciso reservar para los casos realmente necesarios.

Ayuntamiento de Madrid

—Mucho tendríamos que decir, respecto á la eleccion de las telas que se emplean para nuestros vestidos; pero nos limitaremos á indicar como regla general, que las ropas mas calientes son las fabricadas de tegidos *mal conductores* y que no dejan correr el calórico. Durante el invierno, los paños de lana poco tupidos y de pelo largo, son los que debemos emplear con preferencia: tambien es preciso que en esta estacion estén las ropas mas ajustadas al cuerpo, al paso que en épocas calurosas deben estar con holgura, á fin de que el aire circule libremente.—La forma de los vestidos, no es menos importante que la materia de que están fabricados: este asunto se presta á importantes consideraciones, en las que segun nuestras costumbres hay mucho que vituperar y poco que elogiar. Con efecto, desde nuestro sombrero hasta nuestro calzado, todo parece que se ha establecido á despecho de nuestras necesidades. A escepcion del turbante de los orientales, nada aparece mas ridículo que nuestro sombrero: formado de fieltro ó de carton, establece sobre nuestra cabeza una verdadera estufa, y se opone á la evaporacion de la traspiracion del cutis cabelludo ó capilar. Adornada de cabellos, nuestra cabeza deberia estár desnuda tanto como fuese posible, y solamente cubierta para ponerse al abrigo de la lluvia ó del sol. En este concepto, el sombrero de paja de anchas alas, seria el mas conveniente, y en vez de esponernos á que se nos cayese el pelo, esto nos lo impediria.—La *corbata* es una de nuestras modas mas incómodas y perjudiciales, pues ademas de impedir la circulacion de la sangre, predispone á las congestiones cerebrales. La prueba de este hecho, es, que todas las personas se encuentran mas á su gusto, y trabajan mas fácilmente, cuando se ven desembarazadas de este lazo que los estrangula. Para evitar estos inconvenientes, la corbata solo deberia consistir en un pañuelo de seda ligeramente colocado al rededor del cuello. El *pantalon* que ha reemplazado al calzon corto, tiene sobre este último la ventaja de no egercer constricciones sobre la pierna pero la moda, ¿cuántos otros inconvenientes no le ha dado? ¿No es un verdadero tormento el de verse estirado en dos sentidos contrarios, esto es, por los tirantes y las trabillas? Ademas, la pretina egerce tambien en nuestro cuerpo una constriccion muy incómoda y dañosa á las funciones digestivas, y no es raro ver hombres vestidos á la moda, incapacitados para egecutar el mas leve movimiento. El *calzado*, cuya estremidad es tan pronto cuadrada como puntiaguda, no es bastante ancho en general, y de aquí se originan los ojos de gallo, y los callos: ademas, la moda de los tacones altos hace á la marcha incómoda y poco noble. Si yo hubiese de dar mi dictámen respeto al mejor trage del hombre, aconsejaria que, durante el invierno, se usase un pantalon ancho de cintura y sostenido por tirantes poco estirados y sin trabillas; una levita grande, ni demasiado ancha ni demasiado estrecha, pudiendo segun la temperatura llevarse abierta ó abotonada hasta arriba; en el verano un pantalon mas ancho y un *paletot* muy ancho tambien, en todo tiempo zapatos y no botas, pues estas últimas conservan alrededor de la pierna un calor que predispone á esta parte á los tumores é hinchazones; un sombrero ligero que permita el tránsito del aire, y por último, una corbata sin cuello y floja. Nuestros vestidos deben hacerse para ponernos al abrigo de las vicisitudes atmosféricas, para la decencia, y no para echar á perder nuestros movimientos, nuestras funciones y servirnos de suplicio.— El trage de las señoras, comprende tambien un instrumento de tortura y mortificacion que ha sido estensivo á nosotros en lo general; me refiero al corsé. Nada es mas dañoso que este efecto compuesto de acero y ballena, que comprime los órganos, mortifica las carnes, hace daño al pecho y se opone al libre egercicio de las funciones mas importantes. Este asunto ha servido de tema á mas de un filósofo, pero ¿qué hemos alcanzado? No gran cosa. Cuando hablan la

Ayuntamiento de Madrid

moda y la razon, esta es tratada como loca; y la primera se mira como á un oráculo; así lo exigen la coquetería y el deseo de agradar. En fin, si no temiese convertirme en un censor melancólico, vituperaria la funesta costumbre que tienen las señoras, de asistir á los bailes y á los teatros con trages escotados y de mangas cortas.

Baños. los baños consisten en la inmersion mas ó menos prolongada del cuerpo en el agua. Se conocen cuatro especies de baños: 1.º El baño caliente; 2.º el baño tibio; 3.º el baño fresco, y 4.º el baño frio. El baño caliente está en el dia casi completamente desterrado, y cuando se recomienda en terapéutica, se reemplaza con el de vapor. El baño tibio, que se toma en las casas de baños y cuya temperatura varia de 20 á 25 grados, es el que mas frecuentemente se emplea; es muy á propósito para mejorar el egercicio de nuestras funciones, y en general produce un efecto calmante.

El baño fresco que tomamos en el agua de nuestros rios, y la temperatura de 12 á 20 grados, es un tónico que produce los mejores efectos cuando se administra convenientemente. El baño de mar es mas activo, tanto por la sal que tiene el agua en disolucion, cuanto por el choque que las olas verifican sobre el cuerpo. Es preciso evitar hacer uso del baño tibio ó fresco, antes que haya terminado la digestion, es decir, antes que hayan trascurrido tres horas entre la comida y el instante en que entramos en el agua. El olvido de esta precaucion ha producido á menudo efectos muy dañosos, y hasta la muerte. Tambien es necesario evitar entrar en el agua cuando el cuerpo está sudando, así como es muy importante cuando se toman baños frios, mojarse de vez en cuando la cabeza, á fin de impedir los dolores que son consiguientes si no se observa lo indicado. El baño *frio* se emplea raramente aun como medio terapéutico. Algunos pueblos usan, como medio higiénico, los baños de vapor; pero esta costumbre no ha llegado hasta nosotros mas que como recurso medicinal: estos mismos pueblos emplean ademas las *fricciones* que me parecen de buen uso, porque dan libertad á las articulaciones y escitan la accion de la piel.

Las *abluciones*, no son mas que baños parciales destinados á limpiar las partes del cuerpo que están mas espuestas á ensuciarse, tales como las manos, la cara, la cabeza, etc., deben practicarse con agua pura y fria, por medio de una tohalla ó esponja: la adiccion del jabon no presta ningun inconveniente. —Las *fricciones* que ya hemos indicado, consisten en frotarse ó hacerse frotar alguna parte del cuerpo ó todo el cuerpo con franela ó con un cepillo. Esta operacion escita la piel, y produce los mejores efectos en las personas enfermizas ó débiles.

Pasemos á los *cosméticos*, con cuyo nombre conocemos ciertas preparaciones destinadas á dar frescura á la piel y flexibilidad á ciertas partes. Durante el período de los dos siglos que acaban de trascurrir, las mugeres han hecho uso de ciertas preparaciones conocidas bajo el nombre de *afeite*, con el objeto de reparar las injurias del tiempo ó de disponer mejor los colores del rostro. En nuestros dias estos auxiliares han desaparecido, no diré de un todo, pues se ven aun en los teatros. Este es un gran paso hácia el progreso, pues no solamente el alrebol y el blanquillo no ocultan las arrugas de la vejez, sino que las facciones se desfiguran, la piel se echa á perder, y la tez concluye por tomar una tintura desagradable. Gracias sencillas y naturales, el carmin del pudor, el menjugue de la dulzura, este es el afeite mas seductor de la juventud; en cuanto á la vejez, no existe nada que pueda embellecerla, sino es el talento y los conocimientos. Los verdaderos cosméticos son las abluciones acuosas para la limpieza, y todo lo mas que debe añadirse, es el jabon ó alguna otra pasta de substancia emulsiva de este género. Antes de dejar los cosméticos, digamos algo respecto á los cuidados que exigen los cabellos, la barba y las uñas. —Los *cabellos* no piden otro cuidado que el de estar cuidadosamente peinados, y cepillados diariamente, lavados con agua tibia y con jabon de cinco en

Ayuntamiento de Madrid

cinco dias y cortados por temporadas. Se puede tambien emplear un poco de pomada para hacerlos mas flexibles, pero de todos estos productos de perfumería, los mejores son los mas sencillos y menos olorosos. En cuanto á las pomadas que hacen crecer el cabello, es preciso desconfiar siempre: las drogas inventadas para teñir el pelo, son todas ellas nocivas, y es preciso desecharlas sin distincion, y ademas el hombre no se deshonra por tener los cabellos blancos, al paso que se ridiculiza si se los tiñe.—La *barba* reclama los mismos cuidados, es decir, la mas grande limpieza, y afeitársela periódicamente.—Respecto á los niños, con mucha frecuencia se manifiestan en sus cabezas insectos muy incómodos. Unos creen que deben respetarse estos animales y los consideran como necesarios á la salud, mientras que otros emplean diferentes remedios para destruirlos. Ni los unos ni los otros tienen razon; los insectos son siempre inútiles y el mejor medio de desembarazar de ellos al niño, consiste en peinarle muy amenudo y en tenerle la cabeza en un estado de estremada limpieza.—Terminemos esta parte diciendo que las *uñas* deben ser cortadas, pero no mucho; las de los pies en vez de cortarse de una manera redonda como las de las manos, debe efectuarse en forma cuadrada, á fin de evitar la dolorosa enfermedad conocida con el nombre de «*uña introducida en la carne.*»

—Mañana, dijo el doctor poniéndose de pie, continuaré lo restante de este tratado.

Pulsó de nuevo al enfermo, díjole que pronto se pondria bueno; despidióse de los oyentes, subió en el carruage y desapareció. Ocioso es manifestar que los niños desearon con ansia el siguiente dia para escuchar de nuevo á tan amable catedrático de higiene.

(*Se continuará*).

HOMBRES CELEBRES.

MEMORIAS

DE ENRIQUE JUNG-STILLING.

CONTINUACION.

La pobreza es llevadera para los niños: sus almas infantiles están tan ricas de ternura, de admiracion y de esperanza! La pobreza pasa luego á ser una carga mas pesada en la juventud, que medio doblada bajo su mano de hierro, lanza inquietas y profundas miradas hácia el porvenir; pero la pobreza oprime y descarga todo su enorme peso sobre la edad madura que siente los floridos años que ha perdido en medio de tristes combates, llora por el presente desencadenado, y tiembla al contemplar la aproximacion del invierno de la vida, del cual siente ya el aliento frio. Si no se ha sostenido por el amor del deber, por las afecciones de familia, por el sentimiento religioso, ¿cómo se podrá soportar un destino tan sombrío?

Sentimos esta dolorosa progresion al leer las *Memorias de Jung-Stilling*. Sus sufrimientos desde la cuna hasta la época de su casamiento, causa mas melancolía que tristeza. Mientras que atraviesa su áspero sendero, exalta incesantemente su imaginacion un manantial de poesía, y dá á sus penosas pruebas todo el interés de la novela. Sin embargo, cuando llega la madurez, desaparece casi todo el encanto; la realidad se presenta con su aridez acostumbrada; la enseñanza llega á ser mas austera; pero el sentimiento religioso que no se separa del entusiasmo hácia

Ayuntamiento de Madrid

la naturaleza, permanece como un feliz consuelo y un poderoso móvil de animacion en la vida. Con la vejez viene la estimacion pública, un estado respectivo á la vocacion, un ardor de *proselitismo*, por decirlo así, que se logra y corona esta existencia, deseosa sobre todo de la verdad.

En otro lugar hemos visto á Stilling y á su jóven esposa Cristina, pobres y entristecidos en su modesta casa de Schœnenthal. En la primavera de 1775 tuvieron un hijo que murió á los pocos dias de haber aparecido en el mundo: la muerte de un recien nacido es acaso el mayor de los dolores que esperimentamos en la tierra; hace en el corazon una profunda herida que jamás se cierra. Cristina perdió toda su alegria, y su salud se alteró gravemente.

Enrique casi tenia la conviccion de que no podia esperar ningun feliz resultado como médico. Su clientela se disminuia diariamente y sus deudas se aumentaban. Los habitantes de Schœnental le consagraban muy poca consideracion, y él mismo confiesa que heria amenudo el amor propio de muchas personas, porque no reflexionaba con la debida madurez las consecuencias de sus palabras y de sus acciones. Algunas veces su humildad llegaba á un grado estremo, y otras veces el sentimiento de una cierta superioridad le hacia parecer orgulloso.

Por otra parte, no sabia arreglar sus gastos; nunca podia resolverse á exijir á los pobres el precio de sus visitas, y si los ricos hallaban sus cuentas demasiado subidas, se indignaba su orgullo y se negaban á pagarle. En fin, Cristina, solamente económica hácia las cosas de poca importancia, carecia de energia para dirigir todo el menage y para moderar los movimientos demasiado generosos de su marido. En el mes de enero de 1778, Stilling se encontraba de tal manera apurado, que se acobardó enteramente: sus muchos acreedores murmuraban á voz en grito, y el pobre Enrique no miraba en su derredor mas que el bochorno y la miseria.

No obstante, la Providencia acudió en su socorro. Su mucha habilidad como oculista, la primera parte de su biografia que Gœthe habia publicado, algunos escritos relativos á la industria que envió á una sociedad de economia politica establecida en Kaiserlautern, en el palatinado del Rhin, todo esto le proporcionó una reputacion, que por estar muy distante se ignoraba en Schœnenthal.... De modo, que en el momento en que su desgracia llegaba al último estremo, recibió una carta del presidente de la sociedad económica que ponia en su conocimiento la fundacion de una academia de ciencias sociales en Kaiserslautern, y le ofrecia una plaza de profesor de economia rural, de tecnologia, de comercio y de medicina veterinaria.

Stilling, aceptó al momento este empleo que le sacaba del egercicio de médico, y le alejaba de una ciudad, donde durante seis años no habia esperimentado mas que mortificaciones. Pero, ¡qué desgracia! Era preciso que satisfaciese á sus acreedores antes de partir: ya le habian amenazado de ponerle preso.

Muchas personas que no participaron de las preocupaciones de que habia sido víctima, y que al contrario habian apreciado su vida modesta, su celo y sus sentimientos elevados, se concertaron para sacarle de este peligro.

Una mañana, Stilling dió principio á sus visitas de despedida. La primera persona, en casa de la cual entró, era un rico negociante que le dijo:

—Señor doctor, sé muy bien que viene vd. á despedirse.... Yo siempre le he conocido y apreciado como á un hombre de providad y suma honradez, y no podia emplearle en mi casa como médico, porque siempre estuve contento con el mio. Yo tambien he esperimentado amargos sinsabores, de los que me ha librado la infinita misericordia de Dios, y conozco cuanto le debo; tenga vd. la bondad de aceptar en su nombre esta señal de mi reconocimiento y no me mortifique vd. con la negativa y deje el orgullo para otra ocasion mas oportuna.

Y al mismo tiempo que le abrazaba, ponia en sus manos un papel en el que

Ayuntamiento de Madrid

iban envueltos veinte ducados ó sean cien florines.... En seguida, aprovechando el primer momento de sorpresa de Enrique, desapareció.

Tambien en otras partes recibió Stilling obsequios semejantes, hechos con suma delicadeza, y cuando por la noche estuvo de vuelta en su casa y contó su dinero, vió con sorpresa que habia reunido ochocientos florines.

Sin embargo, aun le quedaban que satisfacer algunas deudas, y ademas debia la suma que habia pedido prestada antes de su casamiento, y de la que su suegro habia salido por fiador.

El dia prefijado, Stilling partió para Kaiserslautern, con su buena esposa y dos hijos, qué nacieron durante los últimos cuatro años de su residencia en Schænenthal. El camino le condujo al través de antiguos bosques, al medio de escarpadas montañas, al pie de castillos arruinados suspendidos sobre las rocas; todo le recordaba su patria, y á pesar de la tristeza de la estacion que habia despojado á los árboles de sus frondosas hojas, se adelantaba alegremente á la ciudad, de la que ya divisaba á lo lejos las antiguas torres.

Era de noche cuando llegó á ella; el carruage no habia hecho mas que atravesar la puerta de la ciudad y entrar por una larga y estrecha calle, cuando oyó una voz de hombre que esclamó:

—¡Alto!

El cochero detuvo el carruage, y el que poco antes habia hablado prosiguió:

—¿Es el profesor Stilling el que viene dentro del coche?

—Si señor, contestó el cochero.

—Me alegro, repuso el otro acercándose á la portezuela. Bajad mi colega y mejor amigo; venid y hospedaros en mi casa.

El tono afectuoso con que fueron pronunciadas estas palabras, conmovieron estraordinariamente á Stilling y á su esposa. Bajaron del coche y bien pronto se encontraron en los brazos del profesor Siegfried y de su esposa, á quien únicamente conocian por la no interrumpida correspondencia, que mútuamente habia sostenido por espacio de algun tiempo.

Esta acogida tan benévola pareció a Stilling un feliz augurio, y efectivamente, durante algun tiempo no encontró mas que motivos para felicitarse de su nueva posicion. Obtuvo grandes elogios respecto á su enseñanza, pero habia tenido la imprudencia de aceptar la direccion de una granja-modelo, situada legua y media de la ciudad. Esta granja se hallaba en muy mal estado; habia tenido Enrique demasiada confianza en sus conocimientos prácticos y especialmente en su aptitud para la administracion; pero sus cálculos fracasaron y fué incesantemente vituperada su conducta.

(Se concluirá.)

APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

Prefacio.

A vosotros, mis queridos condiscípulos, me propongo dedicar este trabajo; en el encontrarán vds. la pintura fiel de mi existencia durante el primer periodo de mi vida. Trabajos y placeres, alegrías y pesares de la vida del escolar, se representarán aquí alternativamente. Como casi todos los niños viven vds. con una completa indiferencia, dejando transcurir vuestras horas sin contarlas, y despreciándolas como cosa inútil, sin conceptuar que el tiempo es oro. Pues lo mismo

Ayuntamiento de Madrid

que vds. he ignorado yo por espacio de mucho tiempo que los dias mejor empleados han sido aquellos que han pasado con mayor rapidéz; como vds. me he quejado de una disciplina rigorosa, mil veces he maldecido el estudio y la clase; he querido rebelarme contra lo que llamaba esclavitud, sin

DON ILDEFONSO ANTONIO BARRIENTO.

considerar que esta esclavitud útil y necesaria, era menos tiránica, menos cruel que la de mi pereza, mi orgullo y demas pasiones. No ocultaré á vds. mi pensamiento; no para escitar á vds. á la insubordinacion, ¡Dios me libre de ello! porque en muchas ocasiones he sentido los funestos resultados de mi carácter incorregible, para esponer á vds. á los mismos inconve-

Ayuntamiento de Madrid

nientes, sino porque considero como un deber, proclamar la verdad cuando puede ser útil; por otra parte ¿quién mejor que un escolar puede manifestar los abusos de la educacion? Me dirijo solamente á mis compañeros, por que para ser leido de las personas graves y entendidas, tendria con precision que considerar la educacion en sus consecuencias sociales, politicas, administrativas y filosóficas; por eso confieso ingénuamente que

Para viajar de esta suerte
No es mi cabeza muy fuerte.

Este es un honor que es necesario conceder á las personas que son bastante dignas de él. Solo he procurado presentar á mis jóvenes contemporáneos, la imágen tan completa como veridica de la vida del escolar en nuestra época; he querido, francamente, *divertirlos*, aun que por otro lado encierren tambien mis *confesiones* alguna que otra grave leccion; he tenido la ambicion de realizar aquel antiguo epígrafe del teatro latino: «*Castigat ridendo mores*» « Corrige las costumbres haciendo reir» y no «castiga riendo á los morosos» como se lo he oido traducir á uno de mis camaradas de la clase de latinidad. Dicho esto, bueno es empezar.

ILDEFONSO ANTONIO BARRIENTO.

CAPITULO I.

Decidido por conveniencia á ocultar bajo un seudónimo los verdaderos nombres de todos los personages que han de tomar parte en mis confesiones, usaré la misma conducta con respecto á mi y me llamaré Ildefonso Antonio Barriento. Tenia diez y siete años cuando resolví legar á la posteridad la historia instructiva cuanto interesante de mi educacion; nací en el año 1828.

Para hacer mas sensible á mis lectores las causas que han precedido á las primeras vicisitudes de mi vida, me parece necesario introducir aqui mi familia y dar á conocer á los que han tenido tan grande influencia en mi educacion.—Don Antonio Barriento, mi padre, poseia en Madrid uno de los mas acreditados estudios de abogacia. Por su posicion, por su fortuna y por su carácter, ha tenido siempre un lugar muy honroso en la sociedad: es un hombre de un carácter dulce y agradable y de maneras muy distinguidas, de conversacion amena y siempre adherido al gobierno que manda; si tiene algun defecto será el de todos los hombres de la presente época, y es el de dejarse influir por la fortuna de los individuos con quienes está en relacion: la riqueza es á sus ojos uno de los mas grandes méritos que se pueden tener; por mucha que sea la ciencia de un hombre, por distinguido que sea su nacimiento, por recomendable que sea su virtud, y por importantes que sean los servicios que haya prestado á la sociedad, si carece de fortuna, le parece que tiene poco mérito. Como las tendencias de los padres obran inevitablemente en los hijos que se penetran de ellas á medida que van creciendo, y aun las exageran, esta predisposicion de mi padre perjudicó á mi educacion moral; esta es la razon por la que me he permitido referir estos pormenores, y hablar con cierta libertad.

Mi madre es de un carácter muy distinto; piadosa y caritativa, usa de su fortuna cristianamente sin convertirla en objeto de orgullo; buena, tierna, inspira un respeto particular á todos los que la conocen. Es preciso que diga de paso, por mas que me sea sensible, que su débil voluntad, destruye hasta cierto punto sus buenas cualidades: todas aquellas personas á quienes quiere mucho; tienen una grande influencia respecto á sus resoluciones, siempre vacilantes, y sirviéndome de una frase vulgar, mi madre es del último que llega. Este defecto, seguramente menos grave en una muger que en un hombre, produjo los resultados mas dañosos á mi educacion.

Paso ahora á hacer el retrato de mi abuelo. Don Higinio de Lara es el tipo representante de una familia feudal de las mas ilustres: su nombre pertenece á la historia, y se encuentra mezclado con todos los grandes acontecimientos

Ayuntamiento de Madrid

de la pintoresca region de los tiempos medios.

Nació en 1770, á fines del reinado de Cárlos III. Don Higinio de Lara, á egemplo de la mayor parte de los nobles de su tiempo, abrazó la carrera de las armas; á la edad de 19 años salió de la escuela militar, y pasó á incorporarse á un regimiento; su nombre, su fortuna, su valor, le hicieron esperar el porvenir mas alhagüeño. Con efecto, sirvió en la guerra de la independencia con éxito y brillantez; pero la revolucion de 1812 destruyó sus esperanzas y todos sus proyectos. Adherido de corazon y por conviccion á los principios monárquicos, se espatrió no pudiendo tolerar con calma un sistema que aborrecia: siguiendo la suerte de los demas proscriptos, mi abuelo solo volvió á España cuando Fernando VII, tornó de su cautiverio; el rey considerándole como un amigo fiel, le confió cargos de alta importancia.

Don Higinio de Lara profesa un estremado aborrecimiento al lenguage, los usos, las ideas y las costumbres hijas de la revolucion; cuando dice de alguno: *es un revolucionario*, ha espresado el mas grande improperio; nuestras costumbres democráticas le repugnan, y no puede oir que yo tutee á mi madre, sin hacer una ligera gesticulacion de desagrado; no comprende cómo se ha podido decidir á ponerme en el colegio y á consentir que me traten de *compañero* los niños de la *clase baja*. En una palabra, esperimenta un grave pesar porque don Cárlos no ha ocupado el trono de su hermano Fernando. Decidle que Dios no ha creado mas que un solo hombre, único tipo del cual descendemos todos, y se perderá, para responder á vds. en un caos de argumentos tan embrollados, como una madeja de hilo con la cual ha jugado un gato; no obstante don Higinio de Lara, es sinceramente piadoso, y en muchas ocasiones le he oido tomar partido en favor del pueblo contra las opiniones de mi padre. Don Higinio de Lara, ¿es liberal? Si, es liberal, sensible, y sin embargo permanece obstinadamente adherido á las ideas retrógradas. Si vds. pueden, esplicadme semejante contradiccion; por mi parte renuncio á ello, limitándome únicamente á citar el hecho. Tal como es, le amo y le respeto, porque es bueno y humano; porque su corazon es verdaderamente noble, y ningun hombre posee en grado tan escesivo el sentimiento del honor. Ha conservado el espíritu encantador de los hombres de su época, sus elegantes maneras, y aquel esquisito tacto de sociedad, y en fin, aquella política y galantería española que nos hacia en otro tiempo los hombres mas civilizados del mundo y el modelo de los demas pueblos. Si me preguntan vds. ahora cómo don Higinio de Lara ha podido consentir en dar á su hija para que se case con mi padre, descendiente de sangre plebeya, responderé á vds. que se trataba de la felicidad de mi madre, y que en el corazon de don Higinio, esta consideracion hacia doblegar á las otras. Aun estaba yo en la cuna, y ya comenzaron las disensiones respecto á mí, ¿y no era de temer que estas influyesen en mi carácter?

Quiero hacer conocer á vds. á mi tio Justiniano Barriento, el hermano de mi abuelo paterno, y al hermano de mi padre, Luciano Barriento.

Como este segundo no ha tenido mas que una pequeña parte en los sucesos de mi vida, comenzaré por él, á fin de tratar despues con la estension que se merece todo lo que se refiere á mi tio Justiniano.

Mi tio Luciano, es agente de cambio y de bolsa, y á la sazon millonario; admite sin esfuerzo que se puede ser honrado sin tener millones; pero no comprende que se pueda vivir sin una docena de criados al menos, sin cuatro ó cinco caballos en la cuadra y sin un abono en el Príncipe, y otro en el Circo; para él la vida se resume en espléndidos banquetes, en saraos durante las noches de invierno y en partidas de caza; bueno y generoso por naturaleza, y aun me parece que lo es sin conocerlo él mismo, depende realmente de sus rentas; es un hombre enteramente de accion.

Enemigo mortal de las teorías, las considera como palabras sonoras que

Ayuntamiento de Madrid

á nada conducen: todo razonamiento que no descansa en los números, le fatiga y le hace dormir; á la aparicion de una discusion política ó moral, se despide; no comprende y no ve en las artes, en las ciencias ó en la industria, mas que el bienestar que reportan; su apreciacion no pasa mas adelante; aborrece la lectura y trata á todos los autores de maniáticos; la aproximacion ó el anuncio de un hombre sábio, le hace huir; imposible es de todo punto ligarle á entablar una conversacion con él, si no se ha de tratar del estado de los fondos españoles, del valor del papel de cambio, de empresas etc., etc. Está suscrito á seis periódicos y no lee mas que dos; la Gaceta y el Diario de avisos; los demas están en su sala de recibo ó en su gabinete para las visitas. Poco le importan en su esencia los movimientos políticos de los gabinetes de Viena, de San James, de las Tullerías ó de Madrid, á no ser que resulten de ellos combinaciones rentísticas ó de bolsa; le importa muy poco que estemos ó no en amistad con la Inglaterra, ó que las circunstancias preparen una revolucion; con tal de que lo sepa en tiempo oportuno, él sabrá sacar partido de las vicisitudes en favor de su fortuna; mi tio Luciano no tiene ninguna conviccion política ó filosófica, considera la vida como un juego perpétuo, donde la habilidad consiste en sacar el mejor partido posible de los hombres y de las cosas. El niño que creciese bajo tales influencias, correria gran peligro; porque podria, como lo vemos con frecuencia, no tomar de su modelo mas que las malas cualidades y hasta exagerarlas.

Habiendo quedado viudo despues de algunos años de una no comun felicidad, ha tenido al menos el buen instinto de sentir que no debia conservar en su casa á sus hijas, y las ha colocado en uno de los mejores establecimientos de enseñanza de la córte: Laura y Eloisa, mis primas, han sido muy bien educadas. Algunas veces las veremos aparecer en mis confesiones; sabremos juzgarlas y nos ofrecerán tambien materias de reflexion.

Mas antes de entrar con mi tio Justiniano, permítaseme decir cuatro palabras acerca de mi padre y de su hermano.

Educados juntos desde su mas tierna juventud, esperimentaron siempre el uno para el otro una viva simpatía y se dieron pruebas mútuas de cariño; sin embargo, se ven poco; la vanidad ó el orgullo, como vds. pueden sospecharlo, los separa: mi padre ha hecho escelentes estudios, y por esta parte tiene una superioridad muy visible sobre mi tio Luciano, que no posee mas que una superficial tintura científica; por otro lado, mi padre es mucho menos rico que su hermano, y si tenemos presente la importancia que da á la fortuna, comprenderemos que sufre cuando oye hablar á su hermano con tranquilidad y ostentacion de sus coches, de sus quince criados, de sus posesiones, de los diamantes de su difunta muger que serán el regalo de boda de sus hijas, etc.

Semejante espectáculo encerraba graves lecciones; en mi primera infancia yo no podia comprenderlo, pero cuando me encontré en estado de reflexionar y observar, saqué de todo esto argumentos filosóficos y supe no hacer caso ni del nacimiento, ni de la fortuna; en cuanto al sentimiento y el amor hácia la virtud, lo debo en primer lugar á mi madre, y en segundo al hermano de mi abuelo paterno, esto es, á mi tio Justiniano; á este último, debo la firmeza de carácter que hoy me distingue; ya se hace forzoso que hable á vds. de este hombre. Don Justiniano Barriento era el hijo mayor de un pobre herrero; nació en 1775, y no recibió otra educacion que la que obtenia el pueblo en esta época; es decir, aprendió á leer, escribir y contar. Creció en la herrería de su padre, siendo empleado en los mas rudos trabajos, por lo que su constitucion física adquirió una energía infatigable; así que en 1793, aunque no contaba mas que diez y ocho años de edad, representaba veinte y cinco. Poco despues de esta época, á los primeros amagos de la invasion francesa, se alistó voluntario en los batallones ligeros de la entusiasta juventud, y llegó con el tiem-

Ayuntamiento de Madrid

po á estar bajo las inmediatas órdenes de Palafox. Se habia distinguido en Ocaña, Bailen, Zaragoza y en otros puntos; en una palabra, de cabo, fué ascendiendo con rapidez hasta llegar al grado de brigadier: terminó la guerra de la Independencia y se retiró del servicio; mas en esta última campaña de nuestra reciente guerra civil, volvió á empuñar las armas para defender á la reina, y cuando se verificó el convenio de Vergara, mandaba una division. No acomodándole la marcha del gobierno, pidió su retiro de general.

Durante los acontecimientos de la guerra de la Independencia murió su padre, dejando dos hijos; á mi padre, y á mi tio Luciano. El primer cuidado del general fué remediar esta desgracia; retiróse á una quinta cerca de Fuencarral y se ocupó esclusivamente en acabar la educacion de sus sobrinos y de proporcionarles una carrera. Habia servido tambien mi tio Justiniano en América, lo que le proporcionó gozar una fortuna de cien mil duros, que unidos á su sueldo de retiro, le proporcionaban una vida cómoda y tranquila. Don Justiniano Barriento tenia costumbres muy sencillas; sus exigencias eran muy limitadas, de modo que le bastaba su dinero para cubrir las necesidades de su familia adoptiva. Cuando pensó en establecer á mi padre, pudo darle una suma de cien mil reales, que con el dote de mi madre completaron la cantidad de diez mil y pico de duros que necesitaban para vivir, y aumentar su fortuna con su estudio de abogado. Mi tio Luciano, era mas ambicioso, y aspiraba á ser comerciante, y el general no quiso hacer por él menos que por el otro sobrino: le puso en relacion con un banquero americano, que le tomó un cariño tal, que le quiso por yerno, y le dió el dia de su casamiento una plaza de agente de cambio: dichosas combinaciones aumentaron su fortuna considerablemente y no pasó mucho tiempo sin que fuese citado como uno de los mas ricos de Madrid: la incidencia de ser agente de bolsa le ha hecho mas rico todavia.

El general, luego que cumplió sus deberes y aun algo mas que sus deberes, se retiró á su quinta; en 1840 fué nombrado senador del reino, lo que es en el dia. A juzgar por su físico, mi tio debe haber sido uno de los hombres mas arrogantes y bien parecidos de su época; de cara marcial, de alta estatura, mirada penetrante, voz sonora, gesto imperativo y con aspecto imponente á primera vista, hallamos realizado el tipo verdadero de un gefe de division; mientras mas se le conoce, mas se le respeta; si es severo con los demas, tambien lo es consigo propio; tiene costumbres austeras, y vitupera con franqueza el lujo desenfrenado que debilita el alma y el cuerpo, y pone á los hombres incapacitados para egecutar grandes cosas; soldado de la Independencia y defensor de la reina, conserva un patriotismo ardiente, y por el servicio de su pais, no retrocede ante ningun género de sacrificio; para él todos los hombres son iguales, y no establece diferencia entre ellos, mas que segun su mérito y su virtud; jamas se envanece con el título de marqués que tiene, prefiriendo su nombre de Justiniano, ni con sus numerosas condecoraciones, que jamás se pone, á escepcion de la cinta de la batalla de Bailen, que le parece superior á todas las demas; ni de su poder, del que hace uso únicamente para favorecer al mérito, ni de su fortuna, adquirida con tanta lealtad, que nunca la emplea sino para hacer bien.

En cuanto á sus convicciones políticas y religiosas, las manifestaré en dos palabras. Admirador apasionado de todo gobierno que manda por las vias liberales de la constitucion. En materia de religion el general nunca discute, contentándose con practicarla; educado por una madre piadosa permaneció piadoso á despecho de la vida desordenada de sus compañeros de campaña y de las seducciones de la fortuna.

Tal es el hombre que domina á mi familia, por sus beneficios, por su carácter, por su posicion y por el lustre de su vida. En su presencia todas las pasiones enmudecen; raramente da consejos, temeroso de contrariar la in-

Ayuntamiento de Madrid

dependencia de los otros; y solo los da cuando le parecen absolutamente indispensables, pero los da con tal superioridad de razon, que siempre son seguidos.

Respeta las convicciones políticas de don Higinio de Lara, y la constancia de sus principios; los dos ancianos se estiman demasiado para buscar medios de enojarse, y un convenio tácito, evita en presencia el uno del otro, las cuestiones que pudieran producir un gérmen de disidencia. Este era el interior de mi familia en la época de mi nacimiento, y este es hoy con corta diferencia.

Ahora, queridos lectores, que conocen vds. las distintas influencias, bajo las cuales me he visto colocado desde mi nacimiento, apreciarán mejor las causas que la determinaron, los principales sucesos de mi vida, y juzgarán mas fácilmente los resultados.

Desde ahora entro yo personalmente en escena para no salir de ella hasta la última página de mis confesiones.

(*Se continuará.*)

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL ESCLAVO.

I.

Toda la línea de calles que conducia desde el monte Janículo al Foro, se hallaba invadida por aquella gran masa de trabajadores que crean los centros populosos de civilizacion. Este dia se habia despertado la ociosidad romana con la esperanza de una distraccion, pues aguardaba con ansia la llegada de un inmenso convoy de prisioneros.

Los soberanos del mundo habian encontrado una nueva nacion que reducir; aquel rincon de la tierra cubierto de mágicas selvas, y al que protegian dioses desconocidos, habia sido al fin sometido; iba á presentarse á sus ojos el pueblo de la Armorica, tan maravilloso por su fuerza, tan singular en sus costumbres y en su culto, humillado bajo la dominacion romana.

Tambien en este dia habian tomado movimiento los instintos del gran pueblo; se habia manifestado toda su curiosidad; esto era á la vez un triunfo para su orgullo, un espectáculo para su holgazaneria. Esta multitud á la que reunia un mismo pensamiento, dejaba escapar palabras de sentimiento, pues los mas pobres se entristecian en medio de la alegria pública, por no tener algunos millares de sestercios con que comprar un armoricano.

A la cuarta hora (las diez de la mañana), los numerosos transeuntes se ordenaron en dos filas: el séquito de prisioneros penetraba ya por la puerta Aurelia y atravesaba las calles de la ciudad.

Mas de seis mil celtas llevaban en sus frentes el doble testimonio de su perdida libertad, esto es, una corona de follage y una indecible espresion de dolor, y desfilaban por delante de la nacion soberana. Sus miradas y sus actitudes, revelaban todos los sufrimientos reunidos; no marchaban solamente con el corazon despedazado por sus inútiles desesperaciones, los sufrimientos corporales se unian á los de sus almas: la fatiga del camino, y especialmente la influencia de un nuevo clima, habian agotado sus fuerzas. Acostumbrados á la fresca brisa del Océano, al sol velado de la Armorica, al silencio de los bosques, no podian soportar, ni el sol ardiente de Italia,

Ayuntamiento de Madrid

ni el polvo de los caminos, ni los gritos de aquella multitud; pero si debilitados por la lucha que sostenian contra un nuevo clima, dejaban de marchar, el latigo del chalan (traficante de esclavos) les recordaba que ya no tenian derecho ni aun al descanso.

Ignoramos si la vista de tantas desgracias conmovió secretameate á estos romanos tan ansiosos de espectáculos y dominacion; pero es lo cierto que no se percibió en la muchedumbre ni un testimonio de compasion.

Cuando una poblacion entera se encuentra bajo el peso de una calamidad que estingue todas sus felicidades, la individualidad de cada uno forma un todo uniéndose á la desgracia comun y todos los semblantes se parecen. Sin embargo, entre los millares de víctimas que entraban en Roma, habia una cuyo rostro se mostraba mas inquieto, mas sufrido que los demas; pero al mismo tiempo mas decidido y animado. Era el de una muger que representaba cerca de treinta y cinco años, cuya mirada no cesaba un momento de dirigirse hácia un niño que caminaba á su lado: toda la angustia que puede contener el corazon de una madre, estaba espresada en su entristecido semblante; pero ademas del dolor que se advertia en las otras madres, en esta se encontraba no se que santa energía y que sublime proteccion.

La historia de esta pobre muger, era con corta diferencia la de todas sus compañeras. Vió morir á su lado á su marido y á su hijo mayor: despues ella y el único hijo que le quedaba, habian sido hechos prisioneros; pero las pérdidas dolorosas que esperimentaba, no disminuyeron en lo mas mínimo su actividad y su maternal solicitud; olvidaba sus pesares para no pensar mas que en el hijo que le habian dejado. Indudablemente amó mucho mas que las otras madres que la acompañaban, pues solamente los corazones dotados de una ternura esquisita, permanecen tan afectos y fuertes en momentos de angustia, y no sepultan un amor con las ruinas de otro.

Esta muger se llamaba Norva: su hijo Arvins que solo tendria unos doce años, marchaba silenciosamente á su lado. Su andar firme y grave, su muda resignacion, y su espresion de tranquilidad, revelaban al punto su origen. Cruzado de brazos, con la cabeza erguida, los ojos tristes, pero enjutos, seguia sin pronunciar una sola palabra á los que le precedian. Y apesar de todo habia en medio de su fuerza juvenil bastante fragilidad de infancia, para que su llanto no pudiese ser interpretado de debilidad; sin duda tambien llamaba el valor al ver á su madre, pues cuando ambos se miraban, levantaba mas la cabeza y apoyaba el pie con mas solidez sobre la tierra.

Sin embargo, sufria interiormente y de una manera cruel, pues recordaba lo pasado, y sus compañeros ya le habian hecho comprender lo funesto del porvenir. Pero sentia que este pasado era para su madre un recuerdo desgarrador, y adivinaba que el porvenir pesaria con mas rigor sobre la existencia de su madre, débil y bien pronto anciana, y por eso ocultaba con cuidado sus propios males.

La vista de Roma con sus grandiosos monumentos no modificaron los dolores de Norva; los ricos palacios, los soberbios templos de la *villa*, por escelencia pasaron por delante de sus ojos como sombras; pero Arvins, cuya juventud le impedia esperimentar estos pesares sin tregua, se asombró al ver las maravillas de la opulenta Roma; su aspecto, es verdad que permanecia grave, pero poco á poco la espresion de tristeza que se percibia á traves de su gravedad dió lugar á la admiracion. Aquella multitud de estátuas de mármol y de bronce, aquellos templos circuidos de columnas, y donde la claridad producia tan mágicos efectos, aquella sucesion de palacios con sus ricos vestíbulos, conmovieron vivamente al niño: no podia dejar de ver, en medio de aquellas magnificencias del arte, á los centenares de hombres que cubiertos de púrpura, iban en carrozas doradas que marchaban tiradas por fogosos alazanes con la rapidez del rayo.

Ayuntamiento de Madrid

Pero cuando llegó á la plaza del Foro, su admiracion se convirtió en una verdadera estupefaccion; todos cuantos bellos edificios poseia Roma, se hallaban encerrados en este recinto llamado el Capitolio. Los ojos de Arvins corrian de un templo á otro, de las basílicas á las estátuas doradas, y por todas partes veia la misma elegancia, y el mismo esplendor. El jóven armoricano se preguntaba á cada momento si todo lo que le rodeaba era verdaderamente obra del hombre.

Cuando llegó á la mitad de la plaza el séquito se detuvo; este era el sitio consignado para la separacion de los prisioneros; allí era donde cada uno de los cautivos tenia que seguir al chalan que le habia comprado á la república, hasta que este le revendiese á su vez, al dueño que debia, por decirlo así, bautizarle esclavo.

Arvins se llenó de amarga tristeza al recordar su situacion y la de su madre, comprendiendo que ya habian llegado al término de su destino.

La especie de encanto á que se habia entregado por espacio de algun tiempo, desapareció de repente y vinieron la angustia, el sobresalto y la inquietud. ¿Qué iba, pues, á ser de los dos? ¿tendrian un dueño comun? ¿ó seria preciso ademas de las pasadas desgracias unir la de la separacion?

Los armoricanos, fatigados por el calor tan poco comun en su país, se tendieron sobre las losas que cubrian el pavimento de la plaza del Foro, buscando con avidez la sombra de cada edificio, de cada estátua y hasta la de las mas delgadas columnas: en esta ocasion la casualidad favoreció á Norva y su hijo, pues los colocó bajo las grandes sombras que proyectaba la inmensa higuera del lago Curcio.

No trascurrió mucho tiempo sin que fuese interrumpido este descanso por la voz áspera de los chalanes, que haciendo una señal á los prisioneros para que se levantasen, procedieron á la reparticion, y cada chalan llevó consigo su parte de prisioneros.

Arvins y su madre, habiendo sido comprados á la República por un mismo traficante, fueron conducidos con unos treinta de sus compañeros á una taberna (1) inmediata al templo de Castor.

La venta definitiva no debia verificarse sino despues de algunos dias, esto es, cuando los cautivos hubiesen descansado bien, pues los romanos querian á los esclavos sanos de cuerpo, bellos y vigorosos. Esta salud que pagaban á peso de oro, como cualquier otro objeto de lujo, se destruia bien pronto con los trabajos de la servidumbre; pero mientras duraba, era al menos para los palacios una magnífica decoracion, que la vanidad de los mas ricos convertia en una verdadera gloria.

Puesto que se le habia presentado un lisongero espectáculo al orgullo nacional, mostrándole el abatimiento de una nacion vencida, era preciso pensar en satisfacer otras exigencias. ¡Hacer engordar al ganado! esta era la noble ciencia del chalan.

Al instante que los armoricanos, entre los cuales se encontraban Norva y su hijo, entraron en la taberna que ya hemos indicado, se vieron tratados con el mayor cuidado, se les preparó una abundante comida, y los esclavos antiguos que allí existian fueron los encargados para servirla.

(Se continuará.)

(1) Entre los romanos, todo edificio hecho de tablas para habitacion, se llamaba taberna.

Ayuntamiento de Madrid